

CUENTOS CORTOS



Tercera versión

CUENTOS CORTOS



Tercera versión



Cuentos cortos : mi cuento es escribir el mundo / Mario Alberto Price ...
[y otros] ; ilustrador, Omar Alberto Figueroa Turcios. -- Bogotá :
Editorial Uniagustiniana, 2019.

170 páginas : ilustraciones ; 21 cm.-- (Creación artística y cultural)

ISBN 978-958-5498-32-7

1. Cuentos colombianos 2. Escritura creativa – Colombia – Concursos I. Price Jaime,
Mario Alberto, 1955- , autor II. Figueroa Turcios, Omar, ilustrador III. Serie
Co863.6 cd 22 ed.
A1648754

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel

© Autores: Wendy Vanessa Samacá Romero, Oriana Aseneth Garzón Montoya, Erin Samantha González Gutiérrez, Daniel Camilo Romero Pinzón, Johnnier Guillermo Aristizabal Santa, Andrés Mauricio Aros Alvarado, Yamid Galindo Cardona, Martha Graciela Arias Rey, María Angélica Fiesco Castro, Adamira Mora Holguín, Lizeth Vanessa Loaiza Acosta, Nelson David Gómez Berruecos, Pbro, Lina María Castro Torres, Jeferson Daniel Enciso García, Carlos Eduardo Labrada Vargas, Lorena Romero Wilches

© Cuentos invitados: Mario Alberto Price, John Jairo Junieles, Anatael Garay Álvarez

© Ilustraciones: Omar Alberto Figueroa Turcios

© Editorial Uniagustiniana, Bogotá, 2019

ISBN (impreso): 978-958-5498-32-7

ISBN (digital): 978-958-5498-33-4

Universitaria Agustiniiana, Uniagustiniana

P. Enrique Arenas Molina, Rector

Julio César León Lúquez, Vicerrector de Investigaciones

Alejandra Díaz Manzano, Vicerrectora de Extensión y Desarrollo Humano

Natalia Osorio, Directora de Bienestar Institucional

Editorial Uniagustiniana

Ruth Elena Cuasialpud Canchala, Coordinadora editorial y de difusión

Anatael Garay Álvarez, Coordinación 3er Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto

Oscar Darío Cardozo Garzón, Corrección de estilo

Pedro César Gutiérrez Jiménez, Diseño editorial y diagramación

XXXXXXXXXXXXXXXX. Impresión

Campus Tagaste, Av. Ciudad de Cali No. 11B-95

coor.publicaciones@uniagustiniana.edu.co

Impreso y hecho en Colombia. Depósito legal según Decreto 460 de 1995.

Derechos reservados conforme a la ley. Prohibida su reproducción parcial o total en todo formato o medio sin previo permiso escrito de la Universitaria Agustiniiana.

CONTENIDO

9 Presentación
Julio César León Lúquez

11 Acta de jurado
Mario Alberto Price, John Junieles

♦ CUENTOS INVITADOS ♦

17 “Despierta, Ambrosio”
Mario Alberto Price

27 “Una calle hasta ella”
John Jairo Junieles

33 “Muerte sin vainilla para Juan”
Anatael Garay Álvarez

♦ CATEGORÍA ESTUDIANTES ♦

43 Primer puesto
“Souvenir”
Wendy Vanessa Samacá Romero
Cine y Televisión

51 Segundo puesto
“Los dinosaurios sí existen”
Oriana Aseneth Garzón Montoya
Cine y Televisión

57 Tercer puesto
“Mar”
Erin Samantha González Montoya
Cine y Televisión

63 Mención de honor
“Secuencia de un apuro”
Daniel Camilo Romero Pinzón
Licenciatura en Filosofía

♦ categoría EGRESADOS ♦

73 Primer puesto
“Vestigios de una vida”
María Angélica Fiesco Castro
Profesional en Hotelería y Turismo

81 Segundo puesto
“Simón y sus orejas”
Adamira Mora Holguín
Profesional en Negocios Internacionales

89 Tercer puesto
“Cartas para una madre espiritual”
Lizeth Vanessa Loaiza Acosta
Profesional en Negocios Internacionales

101 Mención de honor
“Epigrama de un amor sólido”
Nelson David Gómez Berruecos, Pbro
Licenciado en Teología

♦ categoría DOCENTES ♦

111 Primer puesto
“Compañeras”
Johnnier Guillermo Aristizabal Santa
Cine y Televisión

119 Segundo puesto
“Silencio”
Andrés Mauricio Aros Alvarado
Cine y Televisión

127 Tercer puesto
“El sensible ruido de la lluvia mientras
suena *Shine On You Crazy Diamond*”
Yamid Galindo Cardona
Cine y Televisión

135 Mención de honor
“El rostro de Beatriz”
Martha Graciela Arias Rey
Licenciatura en Filosofía

♦ categoría ADMINISTRATIVOS ♦

143 Primer puesto
“Un cuarto oscuro en el relato de una persona feliz”

Lina María Castro Torres

Diseñadora instruccional, Facultad de Educación Virtual y a Distancia

151 Segundo puesto
“Temporama”

Jeferson Daniel Enciso García

Analista, Centro Agustiniano de Medios (CAM)

157 Tercer puesto
“Acto sacro”

Carlos Eduardo Labrada Vargas

Auxiliar de Biblioteca

163 Mención de honor
“Carito”

Lorena Romero Wilches

Asistente, Rectoría

Presentación

El cuento de escribir el mundo

“Uno escribe lo que puede y no lo que quiere. Uno no toma la decisión de ser Shakespeare. Cuando yo escribo un cuento, sé muy bien cuál es el principio y cuál es el final, lo que ocurre en el medio me va siendo revelado a medida que escribo. Es como si el cuento ya existiera y yo fuera viéndolo cada vez más de cerca”.

Jorge Luis Borges

La ciencia y el arte son las hermanas siamesas de la cultura, y comparten la misma raíz del árbol del saber: la investigación. La escritura, literaria o científica, tiene el propósito común de mover el horizonte de lo conocido, aportar nuevas miradas, interpretaciones, y transformaciones de la realidad.

Para la Universitaria Agustiniiana, desde la Vicerrectoría de Investigaciones y la Editorial Uniagustiniana, investigar es crear; asumimos que toda creación artística es resultante de un proceso investigativo; con otras lógicas metodológicas, sí, pero con el mismo deseo que mueve a la ciencia: construir nuevos lenguajes, relatos, interpretaciones y conocimientos del mundo.

La presente compilación de relatos cortos del Tercer Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto, versión 2019, con el lema “Mi cuento es escribir el mundo”, ofrece a los lectores una compilación de los dieciséis mejores cuentos a juicio de los jurados; cuatro por cada una de las categorías establecidas en la convocatoria: estudiantes, docentes, administrativos y egresados. Otra novedad en

esta edición es el capítulo de Cuentistas invitados, que incluye un cuento de cada uno de los escritores colombianos John Junieles, Mario Price y Anatael Garay, como un aporte de nuestra institución para el fomento de autores colombianos que cultivan el género del cuento.

El maestro Omar Figueroa Turcios, Turcios, uno de los maestros con más premios y reconocimientos en el arte de la caricatura contemporánea, elaboró cinco exclusivas ilustraciones para la presente edición, una para portada y las cuatro internas, una para cada cuento ganador en su categoría.

Acorde con los lineamientos del Sistema Nacional de Competitividad, Ciencia, Tecnología e Innovación el Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto es una apuesta institucional de la Uniagustiniana por enriquecer los procesos de investigación y formación con los imaginarios y lenguajes propios de la creación artística y, muy particularmente, del cuento como género literario. También, es una muestra del compromiso institucional con la formación integral y con otras formas de expresión que van más allá de las exclusivamente académicas, propias de escenarios investigativos, pero que se enmarcan en el concepto de la universalidad que atañe a toda institución de educación superior.

Julio César León Luquez
Vicerrector de Investigaciones

Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto: tercera versión

Acta de Jurado

Bogotá, 24 de julio de 2019

Julio César León Lúquez
Vicerrector de Investigaciones

Alejandra Díaz Manzano
Vicerrectora de Extensión y Desarrollo Humano

La ciudad,

Estimados vicerrectores:

Después de la revisión, nos permitimos adjuntar los resultados de la evaluación hecha por nosotros como jurados del concurso.

Las propuestas, en general, presentan un variado rango temático, si bien muchas de ellas están asociadas a historias de ficción.

Como jurados consideramos los siguientes criterios literarios y de composición narrativa: 1) La estructura clásica del cuento y su alteración para contar, de manera personal, cada una de las historias; 2) El manejo dado a las temáticas de los cuentos: elección de narradores, puntos de vista, desarrollo de escenas, y formas aplicadas de: alternancia de tiempos, progreso del argumento y planteamiento de las historias, etc.; y 3) Verosimilitud de acuerdo con el universo estilístico propio del cuento (subgéneros).

Cuentos cortos

A continuación, los resultados de la evaluación:

Categoría Estudiantes		
Autor(a)	Título del cuento	Puesto
Wendy Vanessa Samacá Romero	Souvenir	1°
Oriana Aseneth Garzón Montoya	Los dinosaurios sí existen	2°
Erin Samantha González Gutiérrez	Mar	3°
Daniel Camilo Romero Pinzón	Secuencia de un apuro	Mención de honor

Categoría Docentes		
Autor(a)	Título del cuento	Puesto
Johnnier Guillermo Aristizabal Santa	Compañeras	1°
Andrés Mauricio Aros Alvarado	Silencio	2°
Yamid Galindo Cardona	El sensible ruido de la lluvia mientras suena Shine On You Crazy Diamond	3°
Martha Graciela Arias Rey	El rostro de Beatriz	Mención de honor

Categoría Egresados		
Autor(a)	Título del cuento	Puesto
María Angélica Fiesco Castro	Vestigio de una vida	1°
Adamira Mora Holguín	Simón y sus orejas	2°
Lizeth Vanessa Loaiza Acosta	Cartas para una madre espiritual	3°
Nelson David Gómez Berruecos, Pbro	Epigrama de un amor sólido	Mención de honor

Categoría Administrativos		
Autor(a)	Título del cuento	Puesto
Lina María Castro Torres	Un cuarto oscuro en el relato de una persona feliz	1°
Jeferson Daniel Enciso García	Temporama	2°
Carlos Eduardo Labrada Vargas	Acto sacro	3°
Lorena Romero Wilches	Carito	Mención de honor

Por otra parte, registramos nuestras apreciaciones sobre los cuatro cuentos seleccionados como ganadores en cada una de las categorías:

Cuento: “Souvenir”

Un cuento con desarrollo narrativo afortunado y que logra crear un universo propio que logra involucrar al lector.

Cuento: “Compañeras”

Alcanza un buen grado de comunicación y compenetración con el lector, gracias a la voz que cuenta las acciones, pensamientos y emociones que componen el relato.

Cuento: “Un cuarto oscuro en el relato de una persona feliz”

Gracias a un eficaz recurso de persuasión, permite que lo contado sea interiorizado, experimentado – de alguna manera – por el lector, y de esa manera estimula y provoca sensaciones.

Cuento: “Vestigios de una vida”

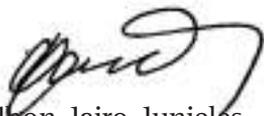
Tiene, entre otras propiedades, un tono-estilo intimista, que también nos permite ver la realidad de las acciones de otra manera,

de tal forma que la próxima vez que intentemos comprenderla, podremos identificar dimensiones ocultas de ella.

Recomendaciones generales

- Recomendamos una corrección de estilo, y también literaria profesional para que los cuentos logren una mejor versión más de forma que de fondo, con miras a su publicación.
- Para las futuras versiones del cuento implementar talleres de escritura narrativa para enriquecer a los participantes, al concurso mismo y a la propia calidad literaria de la publicación de las antologías de los cuentos ganadores.

Agradecemos la oportunidad de formar parte de este proceso,



Jhon Jairo Junieles
C.C.: 73.148.404



Mario Price
C.C.: 19.351.968

CUENTISTAS INVITADOS



Despierta, Ambrosio

Mario Alberto Price (Bogotá, Colombia)

Estudió Lingüística y Literatura. Hizo la especialización en Creación Narrativa y la maestría en Creación Literaria en la Universidad Central de Colombia. Ha obtenido varios premios en concursos de cuento, entre los que se destaca el Primer Premio Cuento de Ciencia Ficción (1997), organizado por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá, con el cuento titulado El pintor de Milagros. En 2013 fue finalista de novela, versión XI del Concurso de Cuento y Novela de la Cámara de Comercio de Medellín. Relatos suyos han sido publicados en Cuentos de ciencia ficción, editorial Tercer Mundo; Contemporáneos del Porvenir (primera antología colombiana de ciencia ficción), dirigida por René Rebetez, editorial Planeta; La Ciencia y el hombre, revista de la Universidad Veracruzana de México; Botellas al mar, autores selectos, Universidad Central, y en otras publicaciones universitarias e institucionales.

La trampa está en el aire, dijo Eliana, y todos volteamos a mirarla. Incluso quienes estábamos más lejos en la sala, hasta donde nos llegó su voz como un grito de alarma que interrumpió las conversaciones.

Esa fue la primera vez que la vimos desconcertada, ojeando hacia todos lados con inquieta mirada de pájaro, sin saber cómo reaccionar. Los demás estábamos en suspenso, a la espera: ¡Trampa!, ¿qué trampa? ¡Aire!, ¿qué aire?, pues sus palabras parecían anunciar la caída inminente de una reja que nos dejaría atrapados en una asfixiante jaula.

Sin embargo, no había reja; tampoco jaula. Ella solo estaba repitiendo palabras de Ambrosio, el gran ausente de nuestra fiesta de Navidad.

¿Acaso no solía quedarse él alelado como un gato, mirando a través de la ventana, mientras mascullaba palabras oscuras que solo Eliana pudo descifrar?

¡Ah, ese Ambrosio!, nos dijimos todos, suspirando con alivio.

No obstante, quedaba por saber a qué trampa se refería él. Podían ser muchas, miles, arteras, invisibles, de todo tipo, pero Eliana, que nunca cejó en su empeño de seducirlo y que según creíamos todos había sido la única que ingresó al misterioso mundo de Ambrosio, al parecer tampoco sabía. Daba la impresión de estar perdida en las mismas tinieblas que nosotros.

Recuperada del aturdimiento que le produjeron nuestras miradas, a lo único que acertó fue a librarnos de otro engaño. Con un aire de irremediable tristeza, dijo: quise enamorarlo, pero no pude.

Recogió las piernas, apoyó los talones de sus pies descalzos contra los muslos, estiró la falda sobre las medias negras de nailon, se reclinó en el mullido brazo del sofá, pidió que le alcanzaran el güisqui con hielo que había dejado sobre la mesa de centro, y

redondeó: era el hombre más solo, triste y hermético que he conocido. Como ustedes, yo no hice más que merodear en los extramuros de su soledad.

Todos estuvimos de acuerdo: sí, el más triste, el más solo, el más hermético. Pero las palabras de Eliana sirvieron solo para convertir la ausencia de Ambrosio en una presencia ineludible.

Fue así como empezamos a evocarlo en el único espacio donde coincidíamos: el trabajo, la oficina. Allá donde lo veíamos cinco días a la semana, de mañana a tarde, sin llegar a conocerlo.

Altivo, independiente, sin alardes ni ruidos verbales, daba la impresión de no necesitar más que de sí mismo, sobre todo en las horas de trabajo, cuando se dedicaba a lo suyo con una concentración de cirujano, sin mirar a nadie. Su carácter extraño se intensificaba en los periodos muertos; al igual que todos nosotros no tenía trabajo, los jefes, yendo y viniendo de una reunión a otra, se olvidaban de los subalternos. En lugar de hacer lo que los demás hacíamos —los corrillos para comentar el *reality show* de la noche anterior o para burlar el tiempo a fuerza de divertidas charlas insulsas, todo eso después de extenuar la vista en el brillo azuloso de los periódicos leídos de cabo a rabo en la pantalla del computador—, miraba hacia la calle por la ventana, micho ensimismado, sin señas de querer participar en nuestros regocijos. Malgastando el tiempo, decíamos con lástima, mientras lo mirábamos de reojo, allá en su silla, retraído e inamistoso.

Hasta antes de que Eliana se refiriera a él como el hombre más solo, triste y hermético, éramos en realidad un grupo cohesionado, contrapuesto a la huraña incomunicación de Ambrosio, y ligado por el rencoroso asombro que nos producía el recuerdo de su comportamiento estrafalario. Sin embargo, esa noche a Eliana se le veían las ganas de querer romper la complicidad ganada y minar nuestras opiniones. Se aprovechaba, para ello, de la circunstancia

de que por haber sido la única que pudo fisgonear entre resquicios la soledad de Ambrosio, debíamos creerle todo. ¿Acaso no debió sacar algo en limpio?

Repantigada en el sofá, con nosotros y nuestros güisquis alrededor de ella, recogía en su hermoso rostro maduro la luz de una lámpara de pie, mientras hablaba con voz firme y serena.

Según ella, Ambrosio no perdía el tiempo: esa era una suposición arbitraria. Sabía (no explicó cómo y nadie le preguntó) que, inducido tal vez por una extraña vena mística, elevaba los ojos hacia las copas de los árboles, las nubes y el cielo, y con el impulso de la mirada llevaba hasta bien arriba su espíritu. Luego, ubicado en un punto central, contemplaba el mundo debajo de él, y a él mismo en ese mundo, insignificante como todos nosotros, que lo mirábamos con lástima.

Era un viaje que lo maravillaba y lo horrorizaba al mismo tiempo, suspiró Eliana.

A esas alturas todos intercambiamos miradas de sorpresa. Detrás se oía el chisporroteo diminuto de los bombillos del árbol de Navidad, trasladado a un rincón para que no estorbara. Las luces caían proyectadas como gotas de colores sobre las espaldas de los últimos del grupo y vibraban en las chaquetas y los suéteres. Si alguien ladeaba la cabeza o echaba un vistazo hacia atrás, los rayos, como alargados dedos de una mano, le inscribían en la cara una máscara de lunares movedizos.

Eliana continuó: Ambrosio era un coleccionista de libros sobre viajes a la Luna y misiones extraterrestres. Le fascinaban esos andorrees, pero tenía una opinión ambigua al respecto. Un escape triunfal pero peligroso, le dijo alguna vez, y trajo a colación el trastorno mental de muchos astronautas al regresar a la Tierra. Como si hubieran visto lo que nunca debieron ver, o como si, pese

a tanto adiestramiento, no hubieran estado preparados para ver lo que sabían de antemano, se hundían en los marjales de la angustia, la depresión, el miedo y el alcoholismo. Por un pelo, en la locura.

¡Escapismo! Eso es, la interrumpió alguien, recogiendo el sentimiento furtivo de todos nosotros. Lo que Eliana acaba de decir confirmaba el temperamento lunático de Ambrosio. Con razón dio pie, muchas veces, para que nos burláramos de él, ¡pobre hombre, en la estratosfera siempre! Ahora que no viniera Eliana a ponerle un tinte luminoso a esa tela simple y basta.

Pero Eliana era tozuda. Empeñada en plasmar sobre la cera de nuestros recuerdos una imagen nueva de Ambrosio, un retrato auténtico que sustituyera la copia espuria, pidió que le trajeran otro güisqui, le bajáramos el volumen a la música y le acercáramos la artesa con pasabocas. Reacomodada en el sofá como una diva, nos siguió contradiciendo, sin despelucarse.

Con la boca llena, se vanaglorió: fui la única que lo visitó en su casa.

Se refería a un apartamento donde, según ella, la expresión de Ambrosio cambiaba, hasta dejar de ser el tipo incoloro de la oficina.

Seguía siendo triste y lacónico, pero asomaba en él una chispa de alegría que, de seguro, se transmutaba en llamarada cuando estaba solo. Vivía en un espacio pequeño, entre libros, cuadernos y discos. Los libros, todos, eran de viajes y aventuras, así los llamaba él mismo. Aparte de los relacionados con la Luna y las misiones extraterrestres, recordaba haber visto *El Quijote*, *Jacques el fatalista*, *Las mil y una noche*, *La descripción del mundo*, de Marco Polo, *La Divina Comedia*, *Historia verdadera*, de Luciano de Samosata, las poesías completas de San Juan de la Cruz, *Los sufís*, de Idries Shah. Los discos, una colección envidiable de música clásica. Los cuadernos, un acervo de notas escritas en tinta azul con su propia mano, es decir, sus ocurrencias.

¡Uf!, la volvimos a interrumpir.

¡Exquisito el hombre!, ¿no?

Aficionado a música para muertos, ¿verdad?

¡Quien lo veía tan callado!

Tan solapado, dirá.

¡Eh!, reconozcamos que era amable. A su modo.

Y tal vez inteligente, vaya uno a saber.

Desde el sofá, Eliana oyó y miró ese amago de trifulca, la división que encarnaba entre nosotros. Cuando cesó la bulla, estaba sentada. Con el tronco erguido prosiguió, en un tono más alto.

Cuando Ambrosio no salía muy estrujado de la oficina, en vez de ir a caminar por ahí, se iba directo al apartamento. Se quitaba la corbata, los zapatos de cuero y el traje de paño, esos ornamentos que él repudiaba como los símbolos horribles de su constreñimiento. Luego, se ponía ropa informal, con frecuencia un overol, o mameluco, y comía algo. Obedeciendo al deseo de cada día, escuchaba música, leía o hacía sus anotaciones hasta bien entrada la noche. Los libros le servían de acicate para dibujar mapas y construir maquetas de cartón o de palo. Tendido en el piso, bajo el foco de una lámpara —así lo vio dos veces y así se lo siguió imaginando—, rastreaba los personajes y los incidentes del libro abierto a un lado, sobre el tapete. Eso cuando no le daba por introducir de su cuenta escenas y héroes, según los caprichos de su imaginación. Si en la oficina se esforzaba por hacer de la mejor manera posible lo que le tocaba, dentro de su casa se lo veía en posesión de sí mismo, como si hubiera recuperado un vínculo perdido, el hilo que lo conducía hasta el centro de sí mismo. En esas brevísimas horas nocturnas, oro para él, Ambrosio caminaba, cabalgaba, volaba, navegaba, conversaba y discutía con los personajes de sus

libros; construía otros mundos, donde eran posibles los asombros y desaparecían las cadenas ciegas que, según él decía, lo mantenían secuestrado todo el día.

Eliana hizo otra pausa y nos arrojó una pregunta: ¿ahora sí?

Quería saber si la íbamos entendiendo.

Tras un silencio de incertidumbre, durante el cual se impuso de nuevo el chisporroteo de las luces del árbol de Navidad, una dijo que no entendía nada, otro que tampoco y el siguiente que Ambrosio, en definitiva, era un chiflado.

Unos se desataron para defenderlo y otros para insultarlo, de modo que estalló una batahola incontenible, todos de pie, menos Eliana.

Si no encontró el trabajo justo para él fue porque no buscó bien.

O porque ni siquiera lo intentó.

O por cobarde.

¡Ja!... Vayan a ver si encuentran otro mejor del que tienen.

Si tanto lo aburría, ¿por qué no renunció y se fue?

Dicen que tenía tres hijos: más que usted y yo.

No tres, sino dos, según me contó alguien.

De cualquier manera, dos o tres anclas, ¿no?

¿Y por qué no al contrario?: dos o tres estímulos.

Como que no la aburre a usted el trabajo, ¿cierto?

¡No!

¡Cómo no! Apasionante, desde luego.

Le faltó audacia para buscarse otro mejor.

O para decidirse a vivir de no hacer nada.

¿Para vivir del aire?... ¡Inteligente tú! ¡Muéstranos tu audacia!

Esto es apenas una muestra de lo que despepitamos en medio de una algarabía loca, todas y todos encarados, irónicos, manoteando, moviéndonos de un lado para otro como un remolino de odios, hasta cuando Eliana, que había permanecido callada, con los codos apoyados en las piernas y la cabeza agarrada a dos manos, se puso de pie sobre el sofá y gritó a todo pulmón:

¡Basta! ¡Basta ya!

Enseguida dio un brinco absurdo, que por poco le revienta la cabeza contra el techo. La falda se le alzó en el aire y trastabilló en el piso. Alguien la cogió por la cintura y la ayudó a enderezarse.

En su frente emergieron dos impensables arrugas, y, con un sorpresivo gesto de perplejidad, nos mostró allá, junto al árbol, eso que no estaba ahí hasta antes de comenzar la discusión, eso que no vimos entrar ni formarse mientras reñíamos, eso que reconocimos como una presencia cierta sobre la que centelleaban las luces de Navidad. ¡Eso que nos dejó mudos y petrificados!

Tras la espalda de Eliana nos arremolinamos todos. Y cuando ella, resuelta, dio el primer paso, la seguimos palmo a palmo, anudados, temblando como la tarde aquella en que, debido a la inutilidad de nuestros llamados, ¡Ambrosio!, ¡Ambrosio!, nos acercamos hacia él con prudencia –era normal que nos quedáramos dormidos después del almuerzo en la oficina– Ambrosio, despierta, despierta, por favor, y Eliana se adelantó, lo sacudió y la cabeza de él se descolgó sobre el hombro, como la de un muñeco al que se le hubiera aflojado el resorte.

Ambrosio era mayor que cada uno de nosotros. Desde mucho antes se le veía ilusionado con su pensión, aunque le faltaban arrumes de años, cinco, seis, siete, y esa tarde estaba ahí, muerto en la oficina, muerto entre los brazos de la silla, muerto en su traje de paño, su

corbata ancha y sus brillantes zapatos de cuero, con la floja cabeza inclinada en la que relucían unas briznas de cabellos grises, plateados por la luz del sol que irrumpía por la ventana.

Ahora, dos meses después, en casa de Eliana, no tuvimos necesidad de sacudirlo: en el traje raído se agrietaba el barro de su muerte; en el rostro rígido, sus ojos nulos parecían mirarnos a través de los párpados resquebrajados; alrededor de la silla, un polvillo de escombros flotaba entre los haces luminosos del árbol de Navidad.

Temblando aún, y tan incoloros como él, nos detuvimos a dos metros de distancia, agrupados tras Eliana.

Mirando allá, mirándonos nosotros, descubriendo que se nos devolvían las palabras, las recientes y las antiguas, esa manera hipócrita de ignorar la trampa que él sí quiso o pudo ver, y sintiendo que nos adentrábamos en el círculo donde él libró sus silenciosas batallas, nos reconciamos en el asombro de ver ahí a Ambrosio, nuestro Ambrosio.

Y en esos segundos de estupor, nos reconocimos en él, mudos admiradores de sus enigmáticas miradas y de sus visiones alarmantes. También, y ante todo, como admiradores de sus travesías imaginarias, ese truco conmovedor que él usaba en las noches para maniatar el reloj y ser libre por unas horas.

Cuando Eliana desconectó las luces del árbol, Ambrosio se esfumó. Pero entonces ya no tuvimos alientos para reanudar la fiesta.

Una calle hasta ella

John Jairo Junieles (San Luis de Sincé, Sucre)

Datos biográficos del autor

Creció en Cartagena de Indias y vive actualmente en Bogotá. Ha sido profesor de la Universidad Nacional de Colombia (Maestría en Escritura Creativa) y de la Universidad Javeriana (Taller de Guión), entre otras instituciones. Fue uno de los autores seleccionados por el 'Hay Festival' en la primera edición de Bogotá 39-2007, los narradores latinoamericanos menores de 40 años más representativos del continente. Ha publicado, entre otros títulos, los poemarios *Canciones de un barrio en la frontera* (2002) y *Barrio Blues* (2015); los libros de cuentos *Con la luz que me queda basta* (2007), y la antología de cuentos: *Fotos de cosas que ya no están* (2015), entre otras obras. Sus trabajos periodísticos han sido publicados en el diario El Espectador, El Tiempo, y revistas Semana y Soho, entre otras. Es abogado de la Universidad de Cartagena. Ha sido Director de Comunicaciones de la Universidad de Cartagena, Alto Consejero en Materia de Cultura de la Gobernación de Bolívar, abogado asesor de la Alcaldía de Bogotá, y Consultor de la Universidad Nacional de Colombia.

Hay muchas cosas que odio de mí, pero hay una en especial que detesto, aunque a veces resulte conveniente: mi manía de andar siempre entre dos aguas, de no concentrarme jamás en el presente porque mi mente divaga en busca de otros mundos, como un pez que en su pecera sueña con el océano.

Cuando el presente es una aburrida conversación entre periodistas en mi trabajo, o el monólogo de un jefe de redacción furioso, esta manía de evadirse es una tabla de salvación; pero cuando se trata de un momento mágico en el cual el universo se revela frente a ti –como en este momento en que camino por una calle, tomando de la mano a la mujer que amo–, entonces esa manía es de lo más inoportuna. Así debe sentirse un pez que deambula libre por el océano, pensando que está atrapado en una pecera.

Ir tomado de la mano de una mujer puede parecer una trivialidad, pero se trata de Ella, y es la primera vez que me permite tal gesto. Ella y yo tenemos cierta relación que por algún motivo prefiere mantener a oscuras. Quizá se avergüenza de lo nuestro. Ella se agita cada vez que pasa un carro blanco porque su padre tiene uno, y yo me pregunto qué tiene de malo que su padre sepa que nos queremos; nuestras vidas tienen suficiente equilibrio como para ir juntas: yo no soy un monstruo, ni un criminal buscado en siete países, y ella no es Nicole Kidman.

En fin, por más que medito, nunca he logrado saber qué es lo que ocurre, y no debería estar pensando en eso, sino disfrutar la caminata, que quizá sea irrepetible. Sentir su mano aferrada a la mía como si sospechara que algún transeúnte la fuera a agredir, porque Ella teme a las multitudes, y eso es algo que tenemos en común. También compartimos el amor por el cine, y muchas otras cosas sutiles. Por eso no comprendo por qué no puede ser público nuestro deseo.

No debería estar pensando en esas cosas, sino vivir este presente. Quizá al final de la calle me suelte, vuelva a perderla, y ya no tendré un recuerdo consistente por estar divagando, como un pez de mar que durante toda su vida siente que ha estado atrapado en una pecera de verdad, sin haber disfrutado del mar cuando estuvo en él.

Ahora ha empezado a llover lentamente. Nos hemos cobijado bajo el saliente de un tejado, estamos a veinte metros del final de la calle. Su mano y la mía siguen juntas. Suenan truenos lejanos, y recuerdo a un niño que les tenía miedo, que se metía bajo la cama. Ahora ese niño está lejos, y cerca, porque Ella está aquí. Pero mi mente también está en Cuba, donde conocí a una jinetera. Prometí escribirle, lo hice, y le pedí que me escribiera. Ella me ha escrito en el reverso de mis cartas porque en Cuba no hay papel, y yo pregunto si estos recuerdos son más importantes que estar bajo este alero, pasando la llovizna junto a Ella.

Debería pedirle una explicación, pero continuamente le doy vueltas al asunto. Ella jamás ha confirmado mis temores, siempre tiene una excusa o una broma para escapar a mi rodeo. Es como un pez que está en el océano, pero que no lo maravilla, no le dice nada, no disfruta tal océano porque jamás ha estado en una pecera.

La lluvia cede un poco, seguimos avanzando. Me pregunto si no sería más honesto conmigo mismo estar con alguien que se sienta pleno al estar junto a mí, pero no me atrevo a soltarle la mano porque quizá la pierda para siempre, y yo necesito de Ella, aunque no siempre esté dispuesta a aceptarme en su vida.

Yo necesito soñar que Ella abandona sus temores y deja que los carros blancos pasen sin alterar su ánimo.

Veo parejas que no se toman de la mano. Tal vez eso no es nada especial porque cuando lo han querido no han tenido impedimento, y me pregunto si al negarme ese contacto público durante

tanto tiempo, Ella me estaba preparando para el regocijo de tenerlo ahora, y yo, en vez de reflexionar sobre este hecho, debería vivirlo. Debería no ser mi mente, sólo mi mano la que va dentro de la suya, y la suya que anida a la mía; pero la calle y los avisos de los almacenes se roban mi atención.

Mi mente crea asociaciones que me llevan a un lugar en las montañas, donde conocí a un anciano que no había visto el mar, ni le importaba conocerlo. Cuando le hablé del mar no se sorprendió, me dijo que él tenía suficiente con la montaña donde vivía. Pensé que era un viejo necio por negarse a conocer otras cosas, pero quizá yo era el necio, y él, un hombre sabio. Él era tan sabio como el árbol que le basta con ser árbol. Estaba convencido de que una montaña era un lugar tan vasto que una vida no alcanzaba para conocerla, que ponerse a pensar en otros mundos es vanidad, una forma de no vivir el lugar del que haces parte.

Él pertenecía a la montaña, estaba hecho de su sustancia, como yo estoy hecho de vías de escape hacia pensamientos donde no tengo que aceptar que Ella se avergüenza de mí. Por eso huyo de su lado, como ahora que Ella me habla y yo no sé qué responder, porque no alcancé a oírle. Sólo digo “sí” intentando ocultar el ensimismamiento, y Ella hace un gesto de desaliento, porque sabe que no la escuché. Lo peor es que cada vez hacen falta menos pasos para llegar al final de la calle.

Ella se ha hundido en un silencio grave, mientras yo miro con temor el final de la calle, que viene hacia nosotros como un patíbulo. Me atrevo a preguntarle qué cosa me estaba diciendo, pero Ella es cruel, se mantiene en silencio, se aprovecha de mis divagaciones para hacerme sufrir. Justo antes de alcanzar la esquina, le suelto la mano en un segundo que dura eternidades de asombro en su rostro. La lluvia regresa de repente, nos metemos en un café que está en la esquina, nos dirigimos a la mesa del fondo.

Ella comienza a llorar sin explicarme por qué. Me siento culpable. Le digo que eso es lo que busca, hacerme sentir miserable, que ya lo ha logrado, que se calme y viva su triunfo. Ella llora aún más, algunas personas miran de reojo. Entonces Ella me pregunta que si realmente quiero escuchar de lo que hablaba hace un momento, mientras yo estaba nadando hacia otros mundos. Le digo que nada me gustaría más. Ella me cuenta que estaba pidiéndome que no le soltara la mano, que le gustaría seguir caminando por el resto de su vida. Siento que algo me quema por dentro y se escapa por los ojos.

Le pregunto por qué no me dejó hacerlo antes, Ella me responde que quería preguntarme lo mismo, que sentía que yo siempre estaba pensando en otras cosas al estar con Ella, que quizá era porque yo sentía vergüenza de Ella. Le digo que soy un estúpido y Ella comenta que la estúpida es Ella. Le digo que ya somos dos los estúpidos, que esa es una buena razón para permanecer unidos. Sonríe.

Siento que he vivido como un pez que cree estar encerrado en una pecera, en el fondo del mar, y que golpea con la nariz la pecera, pero no se rompe porque es sólo una ilusión, y sale al mar que siempre ha estado allí, rozándolo. Entonces la beso, aunque los carros blancos sigan pasando.

Muerte sin vainilla para Juan

Anatael Garay Álvarez (Corozal, Sucre)

Licenciado en Español y Literatura, especialista en escritura narrativa. Fundador de colegios y corporaciones para adultos víctimas de la guerra en Colombia. Desde el 2007 reside en Bogotá desplazado por las amenazas de muerte de paramilitares del Caribe colombiano. Actualmente cursa estudios de Doctorado en Humanidades, Humanismo y Persona. Becario de la residencia artística para creación literaria *The Cultural and Artistic Organizaton CLOU* (A.K.A. The Organizations), Rijeka, Croacia, 2017-2018 y, para el mismo periodo, la Universidad de San Buenaventura, Bogotá, le concedió la movilidad internacional como docente investigador en escritura creativa y creación literaria. Docente de escritura creativa y didácticas de la lectura y la escritura en escenarios digitales. Obras publicadas: *La ensoñación del algoritmo, humanidad y humanidades al filo del desafío tecnocientífico* (2017) y *Memoria de Caín: Los poemas del purgatorio* (2009).

I

Aquí hay un hombre con su cuerpo de siempre.

También su cara. Nada memorable. Treinta y tres años de ser él. Podría llamarse Manuel, Francisco o Gandhi. Es un hombre simple. Apenas alcanza para llamarse Juan. Tiene ojeras. Profundas. Oscuras. Dos medias lunas de aceituna oxidándose bajo sus ojos. Son labraduras de un cáncer que lo matará en otra página.

Juan sabe que va a morir. Pero no quiere una muerte insípida. No quiere morir como otro Juan de cualquier cementerio. Quiere una muerte ajena. Discreta. Elegante. Una muerte a la carta. Sí. Lo ha pensado bien. Juan quiere morir con una muerte de los autores de su biblioteca.

El menú de muertes es amplio.

Escopetera. Calibre doce. Matinal. Fulminante. A doble cañón. Desde la boca la profundidad de la boca. Como para no fallarle la raíz de la mente. Contra el cerebro. Un solo gesto. El resto sería por la mecánica del gatillo.

Barbitúrica. Contra tanta lucidez de saberse vivo. Cincuenta pastas de Seconal sódico. Como cincuenta disparos. Como puntos suspensivos. Terminales. Blancos. Silenciosos.

Caminante. Con el abrigo lleno de piedras. De cuerpo entero. Y que el río Ouse llene lo que duele respirar. Paso a paso. Hasta que del cuerpo sólo quede una biología de nadie en alguna orilla.

De todas las muertes hay una que quiere morir.

Juan decide una muerte con nombre indescifrable. Redonda. Como una moneda del diablo. Luminosa. Pero oscura. Lectora. Pero ciega. Juan quiere morir con una muerte Borges.

II

Juan es gerente de la oficina central de un banco. Es un lector de los flujos del dinero. Mediana estatura. Algo gordo. Blanco quimbaya. Corbata de seda. Sabe que el sistema financiero es la ficción absoluta. Dinero dentro de otros dineros imaginarios. Fractal. Clúster sobre clúster de números. Juan lee algoritmos. Ficciona números para que la ganancia sume del lado corporativo.

Al otro lado de Bogotá. Hacia el occidente. Cerca del Portal de la 80. Vive un esqueleto. 1,73 centímetros sin zapatos. Jorobada. Un esqueleto con una nariz fileña bajo sus gafas. Fémures largos. Turulatos. Carabela de pelo rubio L'Oréal. Largo. Como la cola triste de un caballo triste. Podría llamarse Oliva. Como la novia de Popeye. Pero su nombre es enjuto. Estrecho. Yiyis. Se llama Yiyis. Y si las lombrices del jardín botánico se bautizaran, se llamarían Yiyis. Yiyis no mataría una mosca. Parece una lombriz.

Le gustan los helados con vainilla. Y de niña prefiere los asuntos retorcidos. Se graduó de médico cirujano. Odia el fútbol. Pero tiene fantasías sexuales con Maradona. Y, a veces, algunas veces, también quiere a Juan.

«Te amo, Jirafa Mona...». «Yo también, Perrito, miau miauu». «Eso es un gato». «Lo sé, Perrito...». «¿Y entonces?». «Eres mi Perrito bilingüe». «¿Sí?». «Yes, oui, Perrito, miauu, miauu» «I love you».

Juan ama a Yiyis. Y ella, de amar, ama las páginas de crónica roja. Colecciona titulares. «Le cortó el falo por despecho». De verdadero amor. «La besó con cinco puñaladas». De ardiente pasión. «Con el cortaúñas le arrancó el corazón». Recorta y guarda en un álbum que a nadie permite leer. «Un día escribiré un titular para ti», le prometió a Juan en su cumpleaños treinta y dos.

III

Lloraron toda la noche. Yiyis lo mira. Lo llora a su manera. Con un dolor no domesticado. Pero masticable. Con lástima de lombriz. De esqueleto. De jirafa. Lo llora en su corazón. En silencio. Y no puede dejar de pensar en Juan como un titular para su álbum. «El cáncer mató al amor de mi vida.» En silencio.

El cáncer mató al amor de mi vida. Piensa. Otra vez. Mira a Juan. Qué mala poesía es el cáncer. Se dice. En silencio. Y Camina. Da vueltas. Solitaria. De un lado a otro de la sala. Camina. Piensa. Relee mentalmente el diagnóstico.

Dentro de los ojos de Juan hay una jirafa caminando. En silencio. Como el cáncer.

Sobre la mesita. Al lado de la maceta del bonsái. Están los exámenes de laboratorio. Repetidos. Confirmados. También el diagnóstico. Invariable. Debajo. Muy abajo del bonsái las lombrices caminan. En silencio. Como el cáncer.

IV

Una semana después viajan a Buenos Aires. A Madrid. De Roma a París. En tren. Yiyis lee titulares en las páginas de crónica roja. Juan está peor. Ginebra, la ciudad perfecta para una muerte Borges, parece más lejana. Se disipa. Como un fantasma con bastón. Ciega. Y sin Juan.

Alojados en un hotel cerca del mausoleo Père-Lachaise. Juan agoniza. París es una ciudad de trenes. En las estaciones no llega la muerte Borges. Por las avenidas la noche se aleja.

Juan se muere poco a poco con la muerte de Juan. Lloro. Lloran. Ruega a Yiyis que lo deje morir como Juan. Pero que lo entierre como Borges, en Ginebra, en el cemento-

rio de Plainpalais. Ella lo llora. En su corazón. Le promete. En silencio. Y lo llora.

En silencio. Con un dolor completo. Juan muere con la muerte de Juan. A lo lejos una lombriz. «Mi perrito, miau miauu..., mi perrito, miau miauu...». Sin titulares.

Al día siguiente la escena era incompleta. Yiyis está sola. En una ciudad. Sola. Con un muerto que no murió como Borges. Los trenes seguían lejanos. A ninguna parte. Lejanos.

V

Compró una maleta negra. Grande. De turista. Adentro. Nueve pedazos de Juan. Nueve. Bien contados. Adentro. La muerte de Juan. Suspendida. En sal de cocina. Trozo a trozo. Recubierta en papel aluminio. Adentro. Sal. Mucha sal. Contra los gusanos. Adentro.

Afuera. Muy afuera. Yiyis, la resuelta. Definitiva. El plan era perfecto. Afuera. Pagar tres días más de hotel. Tomar un taxi al aeropuerto. Enviar la maleta por el servicio de carga. Afuera. Cintas adhesivas. Con marcas. Fragile. Este lado arriba. Sin destinatario. El plan era perfecto. Afuera.

El plan era perfecto.

Pero Yiyis lee un magazine. Se detiene en un titular. Letras rojas. Una foto. Traduce con deleite. Lee. En silencio. «Hallan falo gigante congelado dentro de una pecera». El funcionario toma la maleta. La etiqueta con un sello rojo. «Esposa lo cortó del cadáver de su marido para amarlo más allá de la muerte». La despacha por una larga faja mecánica deslizante. Hasta el centro de almacenamiento y despacho internacional.

El plan era perfecto.

Yiyis advirtió el error. Demasiado tarde ya. Insistió. Lloró. Pataleó. Gruñó. Histérica. Como una lombriz. Como un esqueleto. Como jirafa.

Una mujer con traje de uniforme. Oficial. La lleva. Centro de envíos internacionales. La mujer explica. Pero Yiyis ya no oye. Los ojos de la jirafa se inundaron de sal líquida. Tibia.

Miles de maletas. Negras. De turista. Etiquetadas. El mismo sello rojo. Un mecanismo automatizado ordena. Agrupa. Y dispone en pequeños containers. Una grúa (repetida por mil) embarcaba en aviones de carga con destinos a todas las direcciones del mundo.

VI

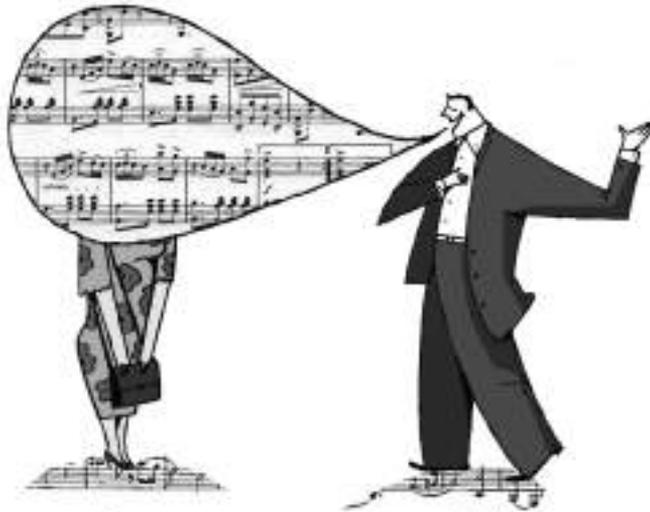
Yiyis corre. Corre. Contra los trenes. Huye de ella. A ninguna parte. Corre. Contra ella. Cruza las calles. Los parques. Duerme en corredores. Olvida correr. La detienen. La deportan.

En las tardes Yiyis espera por Juan. En las tardes.

A veces gira un globo terráqueo. Al azar. Deja caer un dedo. Al azar. Quiere adivinar dónde iría a parar aquella maleta. Agutaya. Al occidente de Visayas. Filipinas. Buen lugar para la muerte de Juan. Piensa. «Perrito, miao, miao», se dice. Todas las tardes.

En su álbum hay un titular. No recuerda haberlo leído. Ni recortarlo. Ni pegarlo. De soledad. Se complace. «Novia perdió maleta con los huesos de su novio». De soledad. Se complace.

categoria estudiantes



PRIMER PUESTO

Souvenir



Wendy Vanessa Samacá Romero
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
wendy.samaca@uniagustiniana.edu.co

Lo conocía desde hace varios años ya, habíamos cruzado un par palabras en los pasillos de la universidad. Era un chico agradable que solía llevarse bien con todo el mundo, había algo en él que me llamaba la atención, nunca supe muy bien qué era. Siempre fuimos eso, un par de conocidos.

En la fiesta de final de semestre me encontré con uno de sus amigos, y pregunté por él, me contó que se graduó y se había ido de la ciudad. No supe cómo sentirme exactamente, pero seguí celebrando que había terminado mi último semestre de materias. Días después a mi perfil de Facebook llegó su solicitud de amistad. Era muy curioso, unos días atrás pregunté por él, y de repente apareció. Acepté su solicitud, y desde ese mismo momento comenzamos a hablar todos los días. Me llamaba, mínimo, una vez al día para contarme de su nuevo trabajo como profesor en una escuela rural. Solía contarme con mucha emoción cómo le cambió la vida mudarse de la ciudad, me pedía constantemente que fuera a visitarlo, siempre contestaba que debía pensarlo, que estaba ocupada con mi tesis, que quizás en una nueva oportunidad. No sé de qué tenía miedo, pero no me atrevía a visitarlo.

Durante varios días dejé de saber de él. Supuse que se había cansado de insistir en su invitación. Dejó de contestar mis mensajes y no respondía las llamadas. Comencé a preocuparme. Pensaba que tal vez le había sucedido algo. Un día, mientras estaba en la biblioteca, sonó mi celular, era él. Me explicó que había tenido muchos pendientes, que no se sentía bien y había decido dejar de contestar el celular. Me preguntó una vez más si iría a visitarlo. Me quedé muda al teléfono, lo tomó como un no. Dijo que me llamaría en la noche para saber si había cambiado de opinión, porque le haría bien verme.

Salí de la biblioteca y fui por algo de comer a un café-bar que me encantaba en los cerros de Bogotá. Me senté junto a la ventana,

pedí un café americano y un croissant de chocolate. Mientras esperaba vi un pájaro bellissimo de color amarillo que cantaba y volaba en círculos frente a un árbol. Cuando me fijé detenidamente en una de las ramas del árbol, había otro pájaro, parecía que estaban cortejando. Me quedé observando ese mágico momento. De repente, en el café comenzó a sonar Crimen, aquella canción de Gustavo Cerati. Además de ser mi artista preferido, era una de las canciones que le había escuchado tocar en su guitarra en alguna de las reuniones con amigos. Finalmente, el pájaro que estaba en el árbol alzó el vuelo para emprender un viaje junto al que lo cortejaba. Entonces, tomé mi teléfono para preguntarle a qué horas podía recogerme en la terminal.

Al siguiente día llegué temprano al terminal del transporte de Bogotá. Debía tomar la flota de las nueve de la mañana para llegar a medio día, así él podría recogerme a la hora de su almuerzo, dejarme instalada en su casa y volver a las clases de la tarde. Compré mi tiquete, aun debía esperar un rato más, así que también compré algo para comer y me senté a descansar. No había dormido mayor cosa la noche anterior por la emoción del viaje. Me coloqué mis audífonos, me acomodé en una silla y, sin darme cuenta, me quedé dormida. Para cuando abrí los ojos eran ya las nueve y media de la mañana. Salí corriendo a la sala desde donde saldría mi bus. Cuando llegué me dijeron que ya había salido, que podían acomodarme en otro bus, pero que el único horario que podían ofrecerme era el de las doce y media después del mediodía. No tenía más remedio, si quería viajar debía esperar. Avergonzada, lo llamé y expliqué todo. Me dijo que estaba bien y que me esperaría en la noche para ir a cenar.

Finalmente, al medio día me senté en la flota. La espera fue eterna y los nervios no me ayudaban. Me acomodé y le envié un mensaje para avisarle que al fin estaba en camino. Coloqué una película y me recosté para dormir. Solía disfrutar mucho los viajes por

carretera, pues mi papá era conductor, y lo había acompañado muchas veces. Pero esta vez la sensación era diferente, tenía el estómago hecho un nudo y no paraba de mirar por la ventana por algún letrero que anunciara mi ciudad de destino. El tráfico de la carretera estaba lento a causa de un accidente y me desesperaba a cada instante. Lo llamé en el pueblo anterior a mi destino, pero no contestó mi llamada, y a mi teléfono se le agotaba la batería. Me preocupé, pero supuse que estaba ocupado. Cuando al fin llegué, lo llamé no sé cuántas veces, pero nada, no tomaba las llamadas. Algo extraño sucedía, así que decidí esperar, me acerqué a una cafetería para tomarme algo y pedir el favor que me dejaran cargar la batería de mi celular, y a esperar a que él me llamara. Esperé casi una hora y nada sucedía, estaba triste, cansada y desorientada en una ciudad que no conocía. De repente sonó mi teléfono, me volvió el alma al cuerpo, cuando me contestó me pidió que lo disculpara, que su auto se había quedado varado en medio del camino de la vereda en la que trabajaba, que no había quien reparara el daño sino hasta el otro día, me dio el nombre un buen hostel, me dijo que tomara un taxi y que me hospedara allí, que él pasaría por mí al día siguiente apenas arreglaran su auto. Al llegar al hostel me recosté en la cama, lo único que venía a mi cabeza era si realmente debía verlo, con todo lo que había pasado, el cansancio me venció y me quedé dormida.

A la mañana siguiente me despertó mi celular, era un mensaje suyo: Al fin reparé el auto, llego en media hora a la ciudad, muero por verte. Mi corazón latía a mil por hora, me puse nerviosa y salté de la cama para arreglarme, saqué toda la ropa de la maleta para buscar qué ponerme; finalmente, me decidí por un vestido de flores y unas sandalias. Me arreglé el cabello con una trenza y me apliqué un labial rojo. Me escribió que estaba en la recepción, que bajara, que me enseñaría la ciudad. Tomé la maleta, me miré una última vez en el espejo, respiré profundo y salí de la habitación hacia la

recepción. Estaba ahí, tal como lo recordaba, con la sonrisa enorme y esa mirada melancólica; esa extraña combinación, era quizá lo que me gustaba de él. Me abrazó con fuerza y no me soltó por un buen rato, me recibió la maleta y la guardó en el auto, me abrió la puerta, se subió también, y cuando arrancó dijo: Bienvenida a la capital de la música de Colombia, y se echó a reír. Cada calle para él tenía una historia, había pasado su infancia y parte de sus vacaciones de adolescencia allí, era tanta la emoción con la que hablaba, que yo comenzaba a enamorarme de la ciudad. Llegamos al centro, comenzó a mostrarme cada lugar y a contarme su historia. Hicimos una pausa para tomar algo porque no soportamos el calor. Nos sentamos para hablar de todo, me contó mil cosas sobre él, su familia y su trabajo, yo le conté sobre mi tesis, mi trabajo y un par de proyectos que estaba haciendo. Me dijo que tenía que decirme algo importante, pero que no era el sitio adecuado, y que también quería mostrarme un último lugar de la ciudad.

Salimos y cruzamos el parque principal. Era todo un espectáculo, tenía una fuente de agua maravillosa, enormes árboles, flores por todo el lugar, pájaros cantando por todos lados y gente sonriente. Llegamos al Conservatorio de música, un lugar con una magia increíble, con más de 100 años de su fundación. Me mostró el lugar detenidamente, sabía que ese era su lugar en el mundo. Cuando llegamos a una de las fuentes dijo que me iba revelar su gran secreto. Allí sentados, en una banca de ese maravilloso lugar, comenzó hablarme del amor de su vida, una chica que había conocido desde niña en esa misma ciudad en una de sus vacaciones, la había amado toda su vida y era una de las razones por las que había decidido vivir en esa ciudad. Me contó que estudiaba música y que en ese mismo lugar la había vuelto a encontrar, allí se habían vuelto a enamorar, y que no podía llamarla de otra manera que Música, porque igual que la música y todas las canciones, ella se había convertido en lo más importante en su vida. Sólo pude mirarlo y notar

que en sus ojos desaparecía la melancolía cuando hablaba de ella. No podía mentirme, estaba enamorado, y no precisamente de mí.

No creo que nadie esté preparado para oír algo así. Sólo pude sonreírle, aun sabiendo que algo se estaba rompiendo dentro de mí. Dejé que la pequeña felicidad que me producía saber que él estaba bien, inundara mi cuerpo. Terminamos de recorrer la ciudad. Un par de días después regresé a Bogotá. Me despedí de él en el terminal con un abrazo fuerte y una enorme gratitud en el alma.

SEGUNDO PUESTO

Los dinosaurios sí existen

Oriana Aseneth Garzón Montoya
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
origarzon22@gmail.com

Elisa despertó sobresaltada. Estaba sudando. Abrió los ojos y miró su habitación. La puerta estaba abierta y la luz encendida. Acababa de tener una pesadilla en la que un monstruo gigantesco entraba a su habitación. Trató de recuperar las imágenes del sueño y recordó que era un inmenso dinosaurio. Sonrió. “Los dinosaurios no existen”, se dijo. Además, un dinosaurio no habría podido entrar por la puerta de la habitación, y mucho menos encender la luz. Pensó que la pesadilla era producto de la ansiedad que sentía por el viaje que iba a emprender hacia la selva de Chiribiquete. La universidad había aprobado su asistencia como investigadora de nuevas especies locales, y sentía un poco de temor porque no conocía la selva. Al día siguiente iniciaría la expedición y no debía preocuparse porque los dinosaurios son una especie extinta. Los dinosaurios se extinguieron hace millones de años, se dijo. Pero el sueño fue tan real, que Elisa continuó durante el día muy impresionada. Pensó que era un sueño premonitorio. Y aunque ella no era supersticiosa, creyó que algo malo iba a suceder durante el viaje. Los dinosaurios no existen, repitió varias veces para darse ánimo.

En la noche Elisa no podía conciliar el sueño. Eran las dos de la madrugada y no había hecho otra cosa que dar vueltas en la cama. Pensó en abandonar el proyecto y simplemente no ir. ¿Cómo se lo explicaría a sus compañeros, a los profesores, a las directivas de la universidad? ¿Cómo perder aquella magnífica oportunidad? Y lo que era peor, ¿cómo le explicaría a sus padres que hicieron tantos esfuerzos económicos para apoyarla con ese viaje tan importante para su profesión de bióloga? Especialmente a su padre, ese viejo paleontólogo que le inculcó el amor por la investigación y los nuevos descubrimientos. ¿Acaso aquellas historias de dinosaurios que su padre le contaba de niña, revivían en su mente ahora que iría a la selva? Después de mucho pensarlo, se sonrió y consideró que estaba exagerando lo que simplemente había sido una quimera, un sueño. Debo ir y eso es todo, se dijo. Al diablo con los dinosaurios, se repitió varias veces.

Por fin, hacia las tres de la mañana, con la luz encendida, Elisa se quedó profundamente dormida. Un instante después, comenzó a soñar. En el sueño veía un campamento con carpas de colores, alumbradas por una hoguera, en medio de la noche sin luna. En una de aquellas carpas, ella yacía dormida, soñando. Y el sueño era el mismo sueño que ella soñaba en ese momento. En las imágenes oníricas, sombras gigantescas como brazos con manos y dedos largos, intentan atraparla. Ella se defendía. Intentaba pedir auxilio, pero de su garganta no salía ningún sonido. Sentía que le apretaban el cuello, que la halaban de los brazos y piernas. Cuando estaba a punto de desfallecer en medio del sueño, ahogada por las ramas, abrió los ojos y, en medio del sueño, vio al dinosaurio. Era un gigantesco monstruo que la miraba de frente con ojos amenazadores y cientos de filosos colmillos, puntiagudos como balas. Y para su sorpresa, no era aquel gigantesco animal quien la tenía por el cuello, sino las ramas de los árboles que se proyectan en la carpa y en su habitación, pero que no le hacían daño; al contrario, trataban de alejarla del dinosaurio. Elisa se despertó. Estaba temblando y su cara bañada en sudor. La pesadilla se había vuelto a repetir, la puerta de su cuarto estaba abierta y la luz apagada. Era hora de levantarse, debía irse a la excursión. Al diablo con el dinosaurio, se dijo resuelta, los dinosaurios no existen.

Elisa estuvo nerviosa durante el viaje. Sus compañeros lo notaron, pero no le comentaron nada. Ella era muy reservada y no quería que la consideraran supersticiosa. Un científico no puede darse ese lujo, todo debe explicarse mediante el método científico, mediante la razón, se dijo. No puedo dejarme afectar por el sueño, soy racionalista, se repetía mentalmente.

En las horas de la tarde llegaron a la reserva natural de Chiribiquete. Elisa se estremeció cuando vio la inmensidad de los árboles e imaginó entre ellos al gigantesco monstruo caminando hacia ella. La

noche fue inevitable. A lo lejos, el ruido de un motor interrumpía la armonía de la naturaleza.

Antes de la caída del sol, el campamento estaba armado y la hoguera encendida. El campamento era el mismo que ella soñó la noche anterior. Elisa vio las sombras de los árboles proyectándose, con la luz de la hoguera, por el suelo y sobre el techo de las carpas. Su pesadilla parecía volverse realidad. El grupo estaba cansado del viaje y muy pronto decidieron irse a descansar para madrugar a trabajar. Elisa se quedó sola ante la grandeza de la naturaleza, la brisa mecía los gigantescos árboles, el silencio absoluto y la oscuridad de la noche; quería contemplar más aquella escena, pero prefirió entrar a su carpa. Muy pronto el sueño se apoderó de ella y cayó, a pesar de su resistencia, en un profundo sueño.

Las imágenes no se hicieron esperar. Llegaron a su mente con fuerza. La puerta de su cuarto se abría y, al mismo tiempo, la cremallera de la carpa se descorría; la luz del cuarto que estaba encendida, se apagó, y la carpa fue invadida por las sombras gigantescas de la selva. Miles de lianas y de ramas en forma de manos y dedos, se deslizaban por debajo de la puerta y de la carpa, rompían la lona impermeable. Se dirigían, arrastrándose, hacia ella; pero contrario a lo que Elisa creía, las ramas no querían hacerle daño, sino que trataban de levantarla, delicada pero rápidamente, para alejarla del peligro. En efecto, el dinosaurio se acercaba a grandes pasos, enfurecido y mostrando sus dientes. Todo a su alrededor desaparecía ante sus rugidos y filosos dientes. Plantas, árboles, animales de todas las especies, quebradas y ríos, desaparecían. Arrasaba con todo a su paso. Y cuando ya estaba muy cerca de Elisa, que se refugiaba entre las ramas de los árboles que trataban de salvar su vida, el dinosaurio, aquel gigantesco monstruo, empezó a transformarse; su cuerpo, se convirtió en un hombre inmenso; sus dientes, en una motosierra. Sí, eran los hombres de la motosierra. Los mismos. Los mismos. Los asesinos de la vida. Los asesinos de la naturaleza.

Elisa se despertó en medio del llanto y la desesperación. Ahora comprendía el significado del sueño. Ni siquiera las más peligrosas fieras eran tan depredadores como el hombre. Ahora no tenía miedo. Ya no se dedicaría al descubrimiento de nuevas especies, sino a la defensa de la naturaleza, contra la tala de árboles, la deforestación, la extinción de las especies y la ruina del planeta tierra. A lo lejos, los ruidos de las motosierras continuaban su crimen. Elisa nunca se pudo explicar cómo o quién abría la puerta, y encendía y apagaba la luz de su habitación durante el sueño.

TERCER PUESTO

Mar



Erin Samantha González Montoya
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
erinsam.168@gmail.com

Esmeralda camina por un barco con la mirada baja. En sentido contrario viene Lucía, escribiendo en su celular. Se chocan, y al verse de frente nace una sonrisa en el rostro de ambas mujeres. Se abrazan con fuerza. Entre risas nerviosas se cuestionan qué hace cada una allí. Esmeralda comenta con desánimo que viaja con su novio. Lucía, que por trabajo. Surge un silencio incómodo que Esmeralda rompe con una invitación por un trago.

Llegan en silencio al bar del barco. Esmeralda toma la carta y lee con detenimiento, mientras Lucía se ríe de las expresiones de su compañera de mesa. Lucía pregunta: ¿Cuba libre? Esmeralda sonríe con la mirada aun clavada en la carta, y asiente con su cabeza. Hacen un brindis por el encuentro. Esmeralda recibe una llamada y se aleja. Lucía pierde su mirada en la ciudad que cada vez se ve más cercana, en su cabeza se reproduce el recuerdo de unos pies caminando por el túnel de ingreso a un avión. Lucía recibe también una llamada, con desanimo se levanta y busca la mirada de Esmeralda, que la mira desde lejos. Lucía se despide haciendo un gesto con una mano.

Una vez en la ciudad, Lucía va en un carro con sus socios, al pasar por un centro comercial recuerda a un grupo de personas que, entre risas, caminan por la playa; vuelve en sí y continúa hablando con su socio argentino. Esmeralda va en un taxi con un acompañante a una cena de negocios e instalarse en un apartamento enorme, con un compañero que poco habla. Termina el día de las dos mujeres. Lucía duerme en una hamaca con vista al mar; Esmeralda, en una cama lujosa con su compañero. Al cerrar los ojos ambas ven el mismo paisaje, una playa solitaria en la noche, olas muy fuertes lavando sus pies y huellas en la arena.

Lucía está en un auditorio dando una conferencia. Esmeralda y su compañero, sentados a las afueras de un restaurante. El personaje le habla con euforia sobre su trabajo, Esmeralda pierde su mirada

en la fachada del edificio que tiene al frente. Le llega el recuerdo de ella encendiendo un cigarrillo, mientras se ríe con otras personas y a su lado una mujer, de espaldas, le ayuda a mantener el fuego. Lucía tiene una conversación con su socio que la desanima, sale del lugar. A lo lejos ve a Esmeralda y su compañero que se levantan de la mesa del restaurante, él se inclina a besarla, pero ella lo rechaza, el hombre se va enojado. Lucía camina hacia Esmeralda que, al verla, se sorprende y sonríe. Frente a ella Lucía le pregunta si está todo bien, y Esmeralda le responde: Como para ir por una paleta sabor mojito. Lucía sonríe y recuerda una foto que le toman a ella y a otra persona en el lugar de las paletas. Empiezan a caminar en la misma dirección. Lucía menciona que tiene entradas para la proyección especial de una nueva película en el teatro de la ciudad. Acuerdan ir juntas, por los viejos tiempos. Compran las paletas y caminan por la ciudad mientras hablan. Al llegar a la plaza central, Esmeralda se sube a un taxi. Lucía toma el que viene atrás. Se detienen en el mismo semáforo. Lucía ve a través del vidrio polarizado a Esmeralda que va por la ventana del otro taxi, despistada y frunciendo el ceño. Lucía sonríe y pone su mirada al frente.

En la entrada del teatro Lucía habla con sus socios. Esmeralda llega, se baja de un taxi con un vestido negro ceñido al cuerpo. Lucía se percata y, apurada, va a saludarla. La presenta a sus socios como colega y allí se quedan hablando todos. Dan el ingreso al teatro y las conducen a unas sillas reservadas. Al apagar las luces, Lucía pone su mano en la pierna de Esmeralda que, nerviosa, aprieta la mano de Lucía, y así se quedan durante la proyección. Salen del teatro y caminan en silencio hacia la misma dirección; al voltear por una esquina, Esmeralda ve a su ex compañero caminar de la mano con otra chica; da vuelta y, apurada, toma la dirección contraria. Lucía corre un poco y se para frente a ella. Esmeralda deja caer una lágrima y se abrazan. Al cerrar los ojos, ambas recuerdan un beso en medio de una playa, entre las olas y las huellas de la

madrugada. Al separarse regresan a la realidad. El hombre intenta acercarse a Esmeralda, pero ella toma de la mano a Lucía y caminan afanadas, alejándose de él. Acuerdan ir a una tienda por unas cervezas. Una vez allí, se separan en los pasillos de los exhibidores y se reencuentran en la caja. Esmeralda lleva las cervezas; y Lucía, una botella de vino. Ambas sonríen con complicidad. Al salir del lugar, escuchan a unos jóvenes cantando una canción que les gusta, se acercan y, entre risas, ambas recuerdan una noche en la que se sentaron a cantar con unos extranjeros mientras bebían el mismo vino. Esmeralda se queda viendo un punto fijo, y Lucía menciona: Fin del mundo. Ambas asienten con la cabeza; luego, caminan hacia la playa, llegan a un muelle.

Amanecen en aquel muelle. Esmeralda, recostada en las piernas de Lucía, que le acaricia el cabello. Las dos se ponen de pie y se quedan mirando hacia el mar. Esmeralda frunce el ceño; Lucía, la mira y sonríe. Esmeralda voltea también y se quedan allí, en silencio, unos segundos. Finalmente, caminan en dirección a la avenida. Esmeralda detiene un taxi, se abrazan en silencio, y se va. Lucía, camina en sentido contrario, con la mirada clavada en el suelo.

MENCIÓN DE HONOR

Secuencia de un apuro

Daniel Camilo Romero Pinzón
Licenciatura en Filosofía
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación
daniel.romerop@uniagustiniana.edu.co

El tiempo es el peor enemigo de un moribundo. Los instantes contienen, por lo regular, poderes extralimitados para perpetuar el sufrimiento de quien, sin premeditarlo, se ve inducido a padecer una de las crisis más lamentables de la salud humana: el estado de coma. La frustración de impedir que el tiempo diluya la poca salud de un enfermo, es muestra de la cercanía de la muerte. Hasta ahora, las alternativas son pocas para vencer al villano cronológico, sus daños nefastos son invencibles. Pero para mi fortuna, el último as del tiempo puede ser arrebatado para no permitir que tenga siempre la última palabra sobre la vida.

A mi padre le encantaba leer a Heidegger, por eso concordaba con él que entre las múltiples posibilidades que puede el hombre vivir, la única opción irremediable es la muerte. Pensar eso le hacía disfrutar su día a día sin necesidad de inventar mundos ficticios o paraísos eternos. Mi padre era fuerte e inteligente, dos virtudes que poco coinciden en un mismo individuo. Sabía hacer todo tipo de arreglos a máquinas industriales, tal como sabía de memoria la sonata Nocturne op.9 No.2 de Chopin. Ilusionado, como regalo de cumpleaños le prometí un viaje fuera del país; sin embargo, ni él ni yo contábamos con las sorpresas del temible villano.

Hace dos días papá no despierta. Cayó desde un séptimo piso mientras reparaba un ascensor. El accidente le generó un trauma craneoencefálico que dejó su lóbulo occipital destrozado, sin contar las múltiples fracturas y lesiones en sus órganos internos, lo que le hace vivir sin poder moverse o responder a su entorno.

Tras analizar una y otra vez a tan delicado paciente, el doctor Aristizábal, el neurocirujano de la clínica, antes de partir de viaje, me abrazó y dijo que haría todo lo posible para buscar una solución a la condición de papá. Al escucharle decir eso, miré el reloj en una de las paredes del consultorio del especialista, y solo pude reclamar desesperado: ¿Hasta cuándo pondrás fin a este revuelto, tiempo efímero y senil?

Desde entonces, mi pena no puede ser menor mientras veo a papá tan vulnerable, envuelto en cables y máquinas de control que evitan el desenlace de su vida. Le veo y contemplo cuan impredecibles son las posibilidades que alberga su estado. La muerte no tardará en llegar. El tiempo es el villano de esta historia que me acosa. Es el tiempo el único culpable de esta fatalidad, que además de agudizar los dolores de mi padre, se extiende y se hace eterno en la zozobra de un hospital.

Mi pena no puede ser más trágica al ver a papá en un estado tan precario, cuando tuve la oportunidad de disfrutar con él aquel martes del fatal accidente. Papá me llamo en la madrugada y me dijo que compartiera con él un rato ese día. Viejo, le dije, tengo bastante trabajo. Entiendo hijo, debes estar muy ocupado. Recuerda: ¡Justicia a martillazos!, me respondió. Gracias papá, le conteste risueño, te llamo más tarde. Voy de salida, te amo, adiós.

Cuatro horas más tarde recibí la llamada del accidente de mi padre. No siento culpa alguna por lo que sucedió, pues las notificaciones de la vida nunca nos llegan anticipadas, mucho menos cuando se trata de las tragedias impartidas por el miserable tiempo. Sentiré culpa si no hago nada por papá en este momento, mientras lo veo tan frágil y expuesto, sin remedio, a padecer.

A través de la resolución 1216 de 2015, la honorable Corte Constitucional de Colombia impartió las directrices para hacer efectivo el derecho a morir con dignidad. La eutanasia es la única manera para no permitir que el tiempo sea siempre el villano inmortal que ha de decidir siempre en qué momento, y muy a su gusto, pone punto final a la vida de sus oprimidos. No permitiré que de nuevo el tiempo tenga tan valiosa elección sobre mi padre.

Han pasado tres días. Papá está muy delicado. Ha tenido dos preinfartos en la última noche. No puedo tolerar su sufrimiento mientras el tiempo se burla omnipresente en todos los lugares donde los

desahuciados piden auxilio. Me enfada imaginar que se divierte al prolongar la vida de quienes se ven agobiados por la pena. Algo es cierto, la naturaleza no decide concluir la existencia, es el tiempo. ¿Qué es el tiempo? Nadie lo conoce, pero todos nos encontramos dominados por él. Es invisible y por eso no reconocemos su poderío. Segundos, minutos, horas... El tiempo es nuestra cárcel. No solo hace daño a los que sufren físicamente, sino que, insatisfecho, prolonga el dolor en la memoria de los que acompañan al agonizante. El cruel villano saluda con sorpresas que, por lo regular, nunca son del todo gratas. Ese es su truco: ataca cuando menos se lo esperamos. ¿La espera? Esa es la manera como el tiempo tortura a quienes, impacientes, buscan dar una solución a sus lamentos. ¿Paciencia? Es la aliada que justifica la tiranía del tiempo. ¿La muerte? Es su arma letal. ¿El recuerdo? Una sombra encadenada a nuestras penas. ¿Mi llanto? El saber que estoy a poco de perder a quien lo dio todo por mí.

Doctor Montes, tal como lo dictamina el aval clínico de este hospital, ya es intolerable el sufrimiento del paciente. Ustedes han indicado todas las terapias médicas a las que ha sido sometido mi defendido para dar con alguna solución, y todas han sido ineficientes; por tanto, reitero la solicitud que tramité hace diez días, según lo prescrito por las legislaciones de este país. Por favor, lleve a cabo la integra evaluación de mi petición con el comité de especialistas, tal como lo dispone la Sentencia T-970. Por mi parte, ya recibí todos los requisitos necesarios para reconsiderar esta decisión: acompañamiento psicológico e información detallada del procedimiento clínico que se le practicará a papá, incluidos los cuidados paliativos que reglamenta la Ley 1733 de 2014. Agradezco su atención profesional a mi reiteración. De antemano le informo que no deseo que se prolongue el derecho de mi padre durante quince días a partir de la fecha. Antes bien, deseo que el procedimiento se practique lo antes posible.

¡Justicia a Martillazos! Ese era el saludo que siempre papá y yo nos diríamos desde el primer día que empecé a estudiar derecho. Papá creía que la justicia era el único camino para vencer la desigualdad, y por ello creía que la ley no debía ser en ninguna medida flexible para legitimar los derechos de cada ciudadano. La justicia para papá debía ser exigida a martillazos, como símbolo y reclamo del oprimido común. Mi padre consideraba que si bien la ley hacía más fácil la construcción de una sociedad, también consideraba que era muy delgada la línea que separa a la ley como un elemento de dominación o liberación. Creo que si papá hubiese sido abogado, tendría una fama sin igual. Le encantaba investigar y llevar las cosas hasta las últimas consecuencias; por eso, exigí el derecho a una muerte digna para él. Desconozco si estaría de acuerdo conmigo, pero lo que hago, lo realizo por amor a él. Sé que papá no puede ganar la batalla contra el tiempo, pero por lo menos tendrá la oportunidad de arrebatarse su arma letal y asumirla por su propia decisión. Diré, mi propia decisión. Sabía que las políticas de mi país son mediocres aun para llevar a cabo una eutanasia exigida por los familiares de quien sufre. Razón que me llevó a redactar el documento que data de hace cinco años, donde está especificado el consentimiento de mi padre para realizar el procedimiento eutanásico en caso de padecer una enfermedad terminal. Por fortuna, conté con un amigo notario que validó mi solicitud.

Todo está consumado, dijo Cristo, cuando supo que el tiempo, su enemigo invencible, daba cumplimiento fidedigno a su inmolación predestinada. Una entrega que quizá nos libró del pecado y nos ofreció una gracia invisible ante los ojos de El Creador, mientras el castigo permanecía latente para el hombre destinado a vivir encadenado, como Sísifo a la roca, a aquel tiempo lineal que consumaba todo, lo que somos y queremos. Cristo nos libró de la condena eterna al enseñarnos a aceptar la muerte, como el arma letal que de una vez por todas nos aleja del tiempo que perpetua nuestras

penas. El tiempo, a final de cuentas, es el eterno y único villano que siempre triunfa. No hay héroes ni estrategias que nos libren de su mortal ataque. Podemos asumir la muerte con esperanza en un paraíso eterno, como Cristo clavado en el madero, o como aquella posibilidad que le da fin a nuestra realidad autentica en la estancia de este mundo finito y delimitado por el malvado tiempo, un mundo y un tiempo en el que estamos arrojados. Lo cierto es que lo único incontrolable por el villano engreído, es el hecho de que ahora podamos elegir, antes que él, cuando deseamos morir.

Papá, no estoy seguro si estarías de acuerdo conmigo, pero no puedo perder la oportunidad de ver que vences al tiempo, como un héroe caído en batalla, y no como un cobarde resignado a aceptar su sufrimiento, mientras la risa egocéntrica del tiempo resuena sempiterna por mis tímpanos. Mi viejo, todo lo hago por amor a ti, aunque no me puedas comprender, no me veas como un hijo despiadado, sino como alguien que no tolera verte sufrir.

Todo está consumado. Eso pienso cuando falta una hora para que la solución de tiopental sódico, bromuro de pancuronio y cloruro de potasio, ingrese en el cuerpo de papá. Me entristece por supuesto, pero me llena de consuelo saber que el tiempo puede ser vencido en menos de seis minutos. Dentro de poco, el concentrado será suministrado por vía intravenosa, en combinación con un químico paralizante, que al ingresar por el torrente sanguíneo le hará perder todo conocimiento, antes de paralizar su diafragma y ocasionarle un paro cardíaco, que, bajo la sedación, no le causará dolor alguno.

Papá tengo miedo de ver la escena, pero quiero verte perder con valentía ante el villano. Agradezco todo lo que hiciste por mí, por haber existido, por hacerme tu hijo adorado. No fue un adiós acordado este que estamos compartiendo, pero sé que nuestros corazones palparán a la par en esos últimos instantes. ¿A dónde

irás? Aun no es el fin. Continuarás revoloteando en mi memoria. Escribo esta secuencia en este momento, y con ello ya puedes estar seguro de que has vencido definitivamente a otro villano, no menos poderoso, como lo es el olvido... Te amo, adiós.

Papá falleció el 28 de junio del año en curso, a las 3:26 p.m., su sepelio se realizó sin afán y sin contratiempos. Todos los asistentes sabían del hombre increíble que fue papá. Desde entonces, me consuela escuchar la sonata Nocturne op.9 No.2 de Chopin para sentirlo cerca de mí. Cada sonido, cada nota es muestra de la felicidad que siempre tuvo el rostro de mi viejo. Le diste un golpe duro al tiempo papá. Serás siempre incorruptible por la secuencia de este apuro.

Sin embargo, días después recibí una llamada inesperada:

- Doctor Aristizábal... ¿Qué tal estuvo su viaje?

- Abogado, seguro que está usted en aprietos. No fue el tiempo como usted reclamó, sino su precipitación lo que le puso fin a este revuelto, y de la manera más efímera y senil que he conocido. ¿Engañar al comité? Deplorable para ser usted un abogado tan prestigioso. Fue el tiempo el me permitió encontrar una solución a la lesión cerebral de su padre, con ello se daba fin al estado de coma inducido que padecía. Doce días, ¿Le pareció demasiado tiempo para esperar? El daño ya lo hizo. Solo una cosa le puedo decir antes de que la justicia lo golpee a martillazos: ¿Aún cree que el tiempo es el villano malvado y despiadado de esta historia?

PRIMER PUESTO

Vestigios de una vida

María Angélica Fiesco Castro
Profesional en Hotelería y Turismo
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
angelicafiesco23@gmail.com

Desperté en un lugar oscuro, un terrible dolor de cabeza me aquejaba, mis manos estaban atadas y un olor a sangre se percibía vagamente en el ambiente. Trataba de entender qué pasaba; solo infortunios me podían esperar. El miedo helaba mis venas, no podía respirar bien y sentía una fuerte presión en el pecho. Empecé a escuchar voces desde lejos y traté de moverme, de hacer algún ruido, pero todo fue en vano; al menos, eso creí. Pasaron unos minutos y de nuevo escuché esas voces, parecían murmullos. Grité con todas mis fuerzas, pero nadie respondió.

Me ardían las muñecas. Tenía que liberarme, hacer algo, no sabía qué estaba pasando, pero no iba a morir en aquel lugar. Palpaba el piso en busca de algo que me ayudara a liberarme, pero lo único que mis manos podían sentir era un líquido pegajoso y frío. Me puse de rodillas y luego de pie. Estaba mareado y débil, pero nada de eso me detuvo. Tenía que buscar algo para cortar la soga. Caminé hasta que choqué con una especie de mesa, en ella había una bandeja con jeringas, frascos de vidrio y bisturíes quirúrgicos, o eso parecían. Sin dudar, tomé uno y mientras cortaba la soga, por accidente me hice algunos cortes en las manos, pero en ese momento no sentía dolor. Cuando al fin me liberé, guardé el bisturí en el bolsillo, puede que lo necesitara luego, pensé.

Con los brazos estirados buscaba la salida. Pude tocar además de la mesa con la bandeja, una cama cerca al lado de ella. Llegué hasta una pared y la recorrí hasta encontrar una puerta que estaba cerrada desde el otro lado. Grité y golpeé con puños y pies, pero nadie respondía a mis suplicas. Me sentía más débil, así que me senté a esperar. Sin darme cuenta, me dejé llevar por el sueño; o tal vez me desmayé, no lo sé, pero estuve inconsciente un buen tiempo; o al menos, así lo sentí.

Desperté y el dolor de cabeza había desaparecido. Traté de recordar lo último que pasó antes de despertar en aquel lugar, pero por más

que lo intentaba no podía, no recordaba nada, nada en absoluto. Me estaba hiperventilando, otra vez esa sensación que obstruía mi pecho, no podía respirar bien. De repente, escuché pasos aproximándose, había un cambio en el ambiente, ya no era un silencio vacío, de soledad absoluta; ahora, sentía que alguien más estaba ahí conmigo; o más bien, al otro lado de la puerta. Casi podía sentir su respiración.

Una luz me encendió por unos instantes, en cuanto me recuperé, pude ver sangre por todos lados; además de la mesa con los objetos que antes mencioné, una cama con grilletes.

En un rincón, un trozo de pan y un vaso con agua. Comí y bebí, me sentí algo mejor, pero mis manos no dejaban de temblar. Lloré en silencio mientras suplicaba por mi vida, no sabía por qué estaba allí. Escuché una melodía, algo de música clásica, esos sonidos ya los había oído antes; luego una voz profunda y algo terrorífica dijo:

- Estás aquí porque fuiste escogido para ser partícipe de algo monumental. Hemos estado observándote y pensamos que eres un candidato perfecto. Pero todo a su tiempo, ahora trata de descansar. Pronto volverás a escucharme.

Era presa de la desesperación; estaba a merced de las barbaridades que ellos quisieran hacerme, me estremecí. Mi respiración se hizo más agitada y veía todo borroso; unos segundos después, caí inconsciente nuevamente.

Desperté con la melodía de antes. Después la voz apareció y dijo:

- Es hora de comenzar. Como verás, la puerta que nos separaba está abierta. Puedes irte cuando quieras. Nosotros iremos por ti, te cazaremos. Este es el juego, es algo así como El gato y el ratón. Te damos una ventaja de tiempo, y en cuanto suene la melodía que antes has escuchado, sabrás que iremos en tu

búsqueda. Si logras llegar al extremo norte de la ciudad antes de siete días, a medio día; una puerta se abrirá y serás completamente libre. Pero si no lo logras, tendrás que esperar otra semana hasta que se abra nuevamente. ¡Buena suerte!

Salí corriendo tan rápido como mis fuerzas me lo permitieron. Miraba a mi alrededor buscando un lugar para refugiarme. Había muchos edificios, automóviles y avenidas. Todo estaba vacío, desolado. Eran los vestigios de lo que alguna vez fue una ciudad.

El sol era muy fuerte y entré en un edificio. Busqué suministros que me pudieran servir, como linternas, comida, agua, armas. Sólo encontré cosas destruidas, y prendas de vestir rasgadas y sucias.

Mientras caminaba por el parqueadero del edificio tratando de encontrar un automóvil que funcionara, escuché pasos, pensé que podría estar alucinando. Hice caso omiso a esos sonidos, pero estos se prolongaron acompañados de murmullos. Un frío terrible heló todo mi cuerpo, sentí miedo.

Al cabo de unos instantes, a lo lejos vi a un hombre que poco a poco se aproximaba. Metí la mano izquierda en el bolsillo de mi chaqueta y tomé el bisturí que antes había guardado. De pronto ese sujeto miró a su lado y dijo:

– Tranquila, no creo que nos haga daño, parece amigable.

Mi miedo aumentó, él no estaba solo, había alguien más a quien yo no podía ver. Empecé a correr. Los pasos se apresuraban detrás de mí; de repente, alguien dijo que no tuviera miedo, que me querían ayudar a escapar. Me di cuenta que él sólo era un muchacho, casi un niño. Su ropa hecha casi harapos, vi moretones y cicatrices en las partes visibles de su piel. Le pregunté quién era y dónde estaba la otra persona. Dijo que su nombre era Ramón; y que estaba diciéndole a Ópalo que yo no parecía ser peligroso, que todos podríamos escapar de allí. Por algún motivo, sus palabras me dieron tranquilidad, al menos ya no estaba solo en aquel absurdo lugar.

Le pregunté que si sabía dónde había más personas. Él dijo que hacía mucho tiempo no veía a nadie además de Ópalo; que fue un gran alivio verme, porque nunca nadie sobrevive a la furia de la ciudad.

Ramón me llevó a su escondite, un ático en uno de los edificios abandonados; allí se había ocultado de los cazadores. Olía a hierbas aromáticas y humedad. En una cocineta improvisada, Ramón tenía té hirviendo, lo bebimos. Me dijo que desde que él tenía memoria había estado en esa ciudad, que no conocía una vida antes de ese horrible lugar. Ramón también dijo que estaba oscureciendo, que la alarma no demoraría en sonar. Supuse que se refería a la alarma que anunciaba el inicio de la cacería. Ramón me respondió que estaba en lo cierto, que dentro de poco tiempo los cazadores saldrían por sus presas hasta el amanecer.

Una hora después sonó la alarma. Ramón dijo que no hiciéramos ruido. El ambiente era frío y sucumbimos ante el silencio más aterrador que pronosticaba lo peor. A lo lejos se escuchaban disparos; mientras tanto, yo me estremecía, me aterraba la idea que nos encontraran e hicieran con nosotros vejámenes inimaginables.

Mis manos temblaban, sentía que me faltaba la respiración, sudaba y trataba de pensar que nada de eso era real, que era tan solo una pesadilla; trataba de despertar, cuando de repente se escucharon gritos desgarradores de una mujer que suplicaba piedad. Ramón me susurró que capturaron a alguien. Sentí un nudo en la garganta. En los siguientes minutos, que se hicieron interminables, aquella mujer lloraba y gemía. Abruptamente se escuchó un disparo y, entonces, los gritos cesaron.

No pude dormir en toda la noche, sentía un frío intenso en todo el cuerpo y ganas de vomitar. Al salir el sol, Ramón dijo que los cazadores habían terminado por ahora. Me contó que allí había conocido a muchas personas que con el tiempo fueron cazadas, o que morían a causa de alguna enfermedad, o por las mordeduras

de unos monstruos cuya saliva era altamente tóxica y descomponía la carne poco a poco. Eran una especie de perros, los cazadores los habían diseñado y entrenado para hacer el mayor daño posible a quienes encontraran a su paso. Estos eran liberados cuando en alguna temporada de caza los cazadores no tenían suerte encontrando víctimas rápidamente; entonces estos animales rastreaban a las personas, las atacaban con sus terribles fauces, mientras que los aullidos y gritos develaban el lugar en donde estaban; solo entonces, los cazadores procedían a su encuentro para terminar con las víctimas de la forma más dolorosa posible.

Con el tiempo, me enteré que su hermana, de tan sólo cinco años, había perecido lenta y dolorosamente, cuando uno de esos perros la mordió en el abdomen. Su hermano corrió en su auxilio al escucharla gritar y con una especie de lanza ahuyentó al animal. Pero la pequeña niña estaba mal herida, y a los pocos días murió. Ramón dijo que nunca nada le había dolido tanto como eso, pero que ahora su pequeña Ópalo estaba mejor, estaba junto a él siempre.

Era increíble como Ramón había sobrevivido tanto tiempo escondido; viendo como otras personas morían de la manera más vil, sin él poder para hacer algo. Sentí cierta lastima por él, era muy joven, lo vi como un hermano menor, solo y desprotegido.

La mañana siguiente fuimos en busca de un auto para llegar, cuanto antes, a la salida. Mientras buscábamos en varios parqueaderos, vi un ascensor, me asomé y al final del ducto vacío, había un rifle; tenía que tomarlo. Ramón me ayudó a bajar usando una soga, todo iba bien hasta que me resbalé y caí. Creo que había varillas salidas, o tal vez trozos afilados de metal, porque me rasgué terriblemente el brazo derecho, desde el hombro hasta la mano; torrentes de sangre manaban de la herida, perdí la consciencia por unos instantes, a causa del intenso dolor.

Cuando me incorporé pude escuchar los gritos de Ramón; él estaba muy asustado, pensó que yo había muerto. De inmediato rompí un

trozo de mi camisa y me lo até al brazo. Luego de unos minutos, el dolor se fue pasmando y le dije a Ramón que me ayudara a subir.

Faltaba poco para anoecer y teníamos que encontrar dónde refugiamos. Nos metimos en una minivan que estaba cerca y allí descansamos, mientras los cazadores seguían su rutina.

No nos quedaban más opciones que caminar; así lo hicimos durante más de tres días, ocultándonos y siendo precavidos. Ya sabíamos a qué cuándo vendrían los cazadores; así que varias horas antes, buscábamos un buen refugio. El tiempo se acercaba y la puerta se abriría; teníamos que estar allí cuando eso pasara.

Hacia un par de días que no comíamos nada, estábamos bastante débiles. Aun así, continuábamos sin cesar. Ramón decía que era su hermana la que nos daba fuerza. El día séptimo llegó; y al mismo tiempo, se restauraron nuestras esperanzas al ver una puerta, gigante, de metal, que en minutos se abriría. Mientras eso ocurría, debíamos escondernos porque de seguro los cazadores estarían allí para entonces. No todo sería tan fácil.

Yo estaba nervioso, esperaba que llegaran los cazadores, pero eso nunca ocurrió. La puerta se abrió lentamente y Ramón salió corriendo hacia ella. Yo salí tras él cuando vi que tan pronto como él se aproximaba a la salida, una lanza salía disparada en su dirección. Por mero instinto, lo empujé del otro lado de la puerta, mientras la lanza me atravesaba el pecho. Ramón lloraba; le dije que al fin era libre, que se fuera, él asintió. Luego la puerta se cerró.

Para mí todo termina como inició, oscuridad, frío, sin escape. Al menos esta vez valió la pena.

Al despertar, me vi en la misma habitación sucia y desordenada de siempre, con esa música clásica que tanto me relaja. Mi brazo seguía doliendo terriblemente; miré, y sí, ahí seguía enterrada en mi vena la jeringa, la que tantas veces había sido mi única compañera.

SEGUNDO PUESTO

Simón y sus orejas

Adamira Mora Holguín
Profesional en Negocios Internacionales
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
ada29holguin@hotmail.com

Eugenia despierta temprano todos los días, de lunes a sábado, a eso de las 3:30 am. El día anterior puso las mismas tres alarmas, las mismas de los tres últimos años que lleva trabajando en International Flowers. Una de las alarmas está en el celular, suena desde la 3:00 am, cada 15 minutos, hasta las 4:45, su hora de salida para esperar la ruta que la lleva al trabajo. Las otras dos alarmas son en unas chicharras viejas de relojes manuales, con un sonido que simula el canto de los gallos de su abuela Matilde.

Eugenia es una mujer alegre, “eso parece”, dice Simón, su hijo de tan solo ocho años, cuando alguien da esa descripción de su madre. Tiene 32 años, ni tan flaca ni tan gorda, es una mujer parejita, dice doña Matilde. Es joven, extremadamente joven, tan joven que no tiene ningún signo de haber pasado al tercer piso; además, con un hijo. Tiene la piel color canela, canela porque el sol ha hecho sus efectos durante estos tres años, en medio de las heladas, las rosas y los plásticos.

Eugenia vive corriendo por todos los lugares de su casa antes de salir a trabajar: de su cuarto, al baño; del baño, a la sala; de la sala, a la cocina; de la cocina, a su cuarto. Pero sin hacer mucho ruido, para no despertar a Simón.

Simón tiene 8 años de vida, por su estatura eso parece, es un niño cualquiera pero hace preguntas de adulto. Esta sano y fuerte, dice su mamá para disimular los kilitos de más que a su edad tiene.

Simón ama a su mamá, tanto que esta semana le ha dicho a Eugenia que quiere crecer rápido, muy rápido, para trabajar y comprarle una casa grande y muy bonita; además, muchos vestidos bonitos. Simón está en tercero de primaria en la escuela Policarpa Salavarrieta, es muy inteligente, pero a veces se le olvida hacer las tareas y lavarse las orejas; tanto que la profesora Clarita, que ya está muy viejita y jorobada, ha escrito para Eugenia una nota en el cuaderno de tareas.

15 de marzo de 2015

Mamita:

*Simón no ha hecho tareas, le pido
que por favor le ayude y le indique
lavarse las orejas, porque ha llegado
todos estos días sin lavárselas.*

Atentamente,

La profesora Clarita

Eugenia no sabe de la nota de la profe Clarita. Simóooooon, despierta, despierta mi cielo, son las 4:30 am y la abuela Matilde está por pasar para llevarte a la escuela. Simón, entre cobijas está en otro espacio, en otro tiempo, en un momento soñando, en el que su mamá le regala un balón de futbol, parecido al de Juanito; con los ojos entreabiertos, se esfuerza por seguir en su sueño, y ríe de felicidad por el regalo de su madre.

“Simón te voy a echar agua”, le dice Eugenia con severidad. Seis palabras, veinte letras, una oración letal que despierta de manera inmediata a Simón; una oración tan letal que en 10 minutos ya se había bañado y cambiado. No se enjabonó ni se restregó, puso primero un pie para saber qué tan fría estaba el agua, y después metió todo el cuerpo; la ducha fue de tan solo 20 segundos, se secó y rápidamente se cambió.

Se puso sus zapatos, se amarró a medias los cordones, se apresuró a colgar la maleta sobre sus hombros sin percatarse que llevaba el saco desacomodado, saltó sobre la butaca y dio las gracias a Dios por el desayuno; además, rogó por los niños que aguantan hambre en el mundo, porque Simón es consciente, tanto que ahora guarda

una parte de su desayuno para compartir con alguno de sus amiguitos en la escuela, tal vez un hambriento en el camino, o un perro abandonado en la calle.

Simón tiene un corazón gigante, lleno de nobleza y buena voluntad, pero tiene un problema: no le gusta bañarse las orejas.

La puerta de su casa no tiene timbre, pero sí una gran aldaba que cuando suena hace temblar las ventanas de la casa.

—Simón, Simoncito, ábrame la puerta mijito—, grita la abuela Matilde, desde afuera de la casa. Simón da tres brincos y abre la puerta.

Simón da un fuerte suspiro y abraza la panza de su abuela, revelando el inmenso cariño que siente por ella. Afuera llueve. Simón está encantando de esquivar charcos, tanto que ha sentido el agua dentro de sus zapatos y las medias están emparamadas, pero este no ha sido un impedimento para seguir brincando por el camino. Su abuela camina despacio como fatigada; Simón trata de entender el paso de los años y los dolores que vienen con la edad, porque su abuelita a los 72 años, ha sido hija, nieta, madre y abuela.

Simón a sus 8 años conoce los significados de varias enfermedades como la menopausia, la tensión alta, la artritis y el cáncer, porque el señor cáncer hace dos años se llevó a su abuelito Miguel al cielo. Además, lleva escuchando toda su vida los males de salud que le aquejan a su abuelita.

- Abuelita-, exclama Simón con un profundo suspiro.

- ¿Dígame Simoncito?

- Abuelita, ¿me prometes que nunca te vas a morir?

Una carcajada de risa junto a una lágrima.

- Simoncito, yo siempre estaré con usted, porque el amor va a todos los lugares del mundo.

Doña Matilde le regala 300 pesos a Simón, le da un coscorrón con cariño y le encarga el buen juicio. Simón sufre de la memoria, pues se la ha pasado haciendo cocos y no ha entrado al salón. La profe Clarita está dando gritos:

- Niños, cuento hasta 3, todos al salón y en sus puestos: unoo, dooooooss y tres.

Tal vez no sufra de la memoria. Recordó la nota. Se ha rascado las orejas y tiene las manos llenas de tierra y cera, todo porque piensa que un panal de miel puede estar creándose dentro de él. Simón, voy a llamar a su mamá, esas orejas están llenas de mugre, le dice la profe Clarita. Y Simón comienza llorar, de miedo, porque recuerda no haber mostrado la nota, y sabe que decir mentiras no es bueno.

Ha pasado el recreo solo y muy triste, pues sus compañeritos se han burlado de sus orejas llenas de mugre. No se comió las onces ni se gastó los 300 pesos.

Mientras tanto, la abuela Matilde está en el Hospital, por culpa de la señora tensión alta, que es un dolor de cabeza muy, pero muy fuerte. Lleva internada tres días y Simón no ha ido a la escuela. Su abuelita le dijo que, si no se bañaba las orejas, iba a llamar la atención de los piscos y, un día de estos, le iban a picotear las orejas hasta hacerlo llorar. Simón ya es grande, tiene 8 años y ya entiende muchas cosas. Sabe que la historia que le contó su abuelita es solo una historia.

Hoy Simón ha llegado del hospital, ha cogido el cepillo de dientes, agua y jabón rey, se ha refregado muy bien las orejas; tanto, que le han quedado rojas de haberse pasado tantas veces el cepillo.

Simón está feliz, quiere mostrar al mundo, como un superhéroe, sus orejas limpias; también, a sus compañeritos, a la gruñona de la profe Clarita, a su mamá, pero sobre todo, a su abuela Matilde, porque desea con todas las fuerzas de su corazón, que su abuelita esté sana y se sienta orgullosa todos los días de llevar a la escuela un niño con las orejas limpias.

TERCER PUESTO

Cartas para una madre espiritual

Lizeth Vanessa Loaiza Acosta
Profesional en Negocios Internacionales
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
liz_acosta0927@hotmail.com

He decidido buscar ayuda, cada día me alejo más de Dios y no encuentro auxilio alguno para el dolor que siente mi alma; estoy completamente apartada de la vida espiritual, y mi única motivación es encontrar la manera para quitarme la vida lo más pronto posible, una vida que mi mamá biológica está destruyendo con su maltrato físico y emocional. Parece mentira que, con apenas 21 años, quiera terminar con mi existencia, aunque se supone que ‘tengo toda la vida por delante’, pero lastimosamente, a raíz de la muerte de mi abuelo materno, mi vida se convirtió en un infierno que me está orillando a acabar mis días en un manicomio o quizá en un panteón.

En el verano del 2015, conocí a Lucía, una catequista consagrada que me preparó para recibir el sacramento de la Confirmación. Por fin, después de una inagotable batalla, logré concretar una cita con ella, lastimosamente mi vacío emocional no me permitió contarle cara a cara la aterradora tragedia que estoy viviendo, pero ¿cómo hacerlo?, estoy muriendo por dentro, tengo el alma convertida en un rastrojo. Después de varios meses, decidimos que la mejor manera de comunicarme con ella era a través de cartas, cartas que me servirán de un alivio infinito; al fin y al cabo, esta veterana mujer ya tiene toda mi confianza, me ha llenado de tanto amor y ternura, que hemos creado un vínculo espiritual encantador; desde hoy, la llamaré, Madre Espiritual.

18 de septiembre

Estimada Mamá Espiritual, te he detallado varias anomalías de mi infancia, de mi desarrollo personal y familiar.

Ya te he contado que mi Mamá nunca me ha querido, que me lastima de todas las maneras posibles y que, además, me repite día a día que tenerme ha sido la peor decisión que ha tomado. Aun así, no te he dicho la causa de mis desvelos, no encuentro el valor necesario para contarte la barbaridad que mi abuelo paterno hizo

conmigo, por eso prefiero decirte solamente que fui víctima de un intento de abuso que me ha causado los males emocionales más complicados que puedas imaginar.

Perdón por no contarte antes.

Todavía me siento culpable.

30 de octubre

Querida M.E., hace mucho no te escribía, he sufrido bastante los últimos días.

Estoy pasando por el peor momento de mi vida.

Tengo depresión y lloro todos los días.

Mamá decidió llevarme con un psiquiatra que me está medicando, algunas veces logro escaparme de la dosis, pero otras no.

Ayúdame.

24 de noviembre

Querida Madre Espiritual, después de tanta angustia, he logrado la aprobación de mi tesis. ¡Estoy realmente dichosa! No imaginas cuantas veces soñé con este momento, ahora deseo con ansias locas graduarme.

No han sido días fáciles, me aqueja mucho un agotamiento excesivo que tengo desde hace algunas semanas, le he pedido encarecidamente a mi mamá que me lleve al médico, ya que también me sangra mucho la nariz y me desmayo con frecuencia; pero ha sido en vano, ella cree que son inventos para poder salir de la casa.

Te estaré contando todo, ora por mí, eso le hace mucho bien a mi corazón.

P.D. Ya dejé la medicación aquella.

Gracias

26 de diciembre

Querida Madre Espiritual, no había podido contarte que conseguí un empleo de traductora por un mes, terminé hace dos días y ese dinero me ha servido cantidades, ¡por fin pude comprarme unos zapatos!

Pasé Navidad sola, mi Mamá, decidió irse a Vélez con su novio y los hijos. Ese día la llamé para saber a qué hora salíamos y jamás contestó; entonces, preparé una sopa de pollo con verduras y me senté a cenar con Jesús y María para celebrar semejante solemnidad, a pesar de todo, aún me quedaba algo del dinero ganado, y fiesta es fiesta.

No me sueltes de tu oración, me siento terriblemente sola.

2 de enero

¡Lucía, te extraño, necesito verte, eres el único ser humano en este mundo que puede aliviar mi corazón!

Por supuesto, no puedo pretender que estés pendiente de mí todo el tiempo.

Las festividades las he pasado más sola que nunca, la ciudad está casi vacía, no se escucha ruido y ha llovido torrencialmente en los últimos días.

Sigue orando mucho por mí, el domingo pasado encontré una fórmula para morir, pero a decir verdad, me da miedo emplearla.

14 de enero

Lucía, queridísima Madre Espiritual, sácame de este infierno. Mamá me ha golpeado otra vez, en cada ocasión los golpes empeoran, no puedo levantarme. ¡Ayúdame, por favor!

Llévame siempre en tus oraciones. Mis mejillas están llenas de lágrimas, y como me dijiste una vez: “¡No hay lagrimas que Dios no vea!”

¿Cuándo podré verte?

Necesito un abrazo, solo uno.

18 de enero

Ha llegado el día Madrecita Espiritual, tengo el entusiasmo a flor de piel, voy a salir de este encierro. Mi tía, la rica, me invitó a México a pasar vacaciones con ella. No puedo estar más feliz. A fin de cuentas, serán 5 días maravillosos metidos en un cuarto de hotel cuidando bebés.

Prometo traerte algo, así sea un pedacito de mi corazón.

Cuento con tus oraciones.

16 de febrero

¡Tengo empleo!, lee bien, por favor. ¡Tengo empleo!

Creí que nunca iba a suceder, la universidad donde estudié no promueve las prácticas profesionales y conseguir un trabajo me había resultado bastante difícil, hasta lo creía una causa perdida.

Imagínate que fui contratada por la decana de una prestigiosa universidad para que sea su mano derecha en asuntos académicos, me siento más que honrada.

Por otra parte, la situación con mamá no mejora, aunque por lo menos ahora podré salir de casa fácilmente.

Ora, ora, ora mucho por mí.

19 de marzo

Estoy pensando seriamente en irme de la casa, aunque suene a berrinche, solo tú sabes la cantidad de atrocidades que sufro aquí.

Aun no sé cómo, no gano lo suficiente para irme a un buen lugar. Sin embargo, cualquier lugar lejos de ella, será un verdadero hogar. Sigue orando por mí.

25 de marzo

Madre mía, madrecita de mi alma, todo marcha bien. A excepción de mi salud que cada día empeora más, tengo fuertes dolores de cabeza y a veces, pierdo el conocimiento. La nariz me sigue sangrando.

Mañana por fin, tengo cita médica.

Roguemos a Dios para que no sea nada grave.

12 de abril

¡Salí de casa!

Lucía, madre mía, únicamente pude sacar mi piano y algo de ropa, lo demás no era mío y como era evidente, no se me permitió 'robar' mis propias cosas.

Renté una habitación cerca de mi trabajo, el sitio es horrible, pero siento que aquí estoy libre de maltratos.

Estoy feliz.

19 de abril

Buenas noches, Madre Espiritual, sigo esperando los resultados de los exámenes que me practicaron la semana pasada.

Este jueves tendré que viajar con mi jefe a la costa, me he sentido terriblemente enferma de la cabeza, pero trabajo es trabajo.

Encomiéndame siempre.

24 de abril

Gracias Lucía, le doy gracias al cielo por haberme dado una Madre Espiritual tan buena.

Ya sabes que no soy buena para estas presunciones, pero agradezco infinitamente que te hayas hecho cargo de mí durante estos días, después de tan sufridas noches en la clínica a causa de esos dolores que no me dejan en paz.

Llévame a los brazos de Dios.

9 de mayo

Madrecita buena, mañana me entregan los resultados de los análisis.

Prometo llamarte apenas salga del consultorio.

Ruega a Dios por mí.

10 de mayo

Lucía, resulta que intenté llamarte, pero no fue posible la comunicación.

Caí rendida ante una devastadora noticia.

Ya no quiero esta vida.

¡Me voy a morir, tengo leucemia!

25 de junio

Agradezco el alivio que le has dado a mi pobre corazón afligido, aunque sigo muy triste.

Gracias por el libro que me enviaste, te confieso que hacer el Santo Rosario nunca ha sido mi devoción, pero ese libro cambió mi vida.

Ayer fui a confesarme con el Padre Diego. A mi parecer, fue la primera vez que lo hice, las demás fueron pruebas mal hechas.

Gracias por estar allí, arrodillada orando por mí.

29 de junio

Madrecita bella, he recibido una llamada muy buena de mi mejor amiga.

Me invitó a vivir con ella y su familia un tiempo, mientras pasa la tormenta de mi enfermedad.

Igual siento que voy a morir, pero al menos en familia.

Además, hace varios días perdí mi empleo, nadie quiere emplear a una enferma terminal.

2 de julio

Hoy comencé el tratamiento de quimioterapia.

Me siento muy enferma, ven a verme por favor.

Te quiero.

22 de julio

Querida Madre Espiritual,

¿Dónde estás?

¿Por qué estoy en esta clínica?

¿Por qué no puedo moverme?

¿Por qué tengo todos estos tubos en la boca?

Habíamos quedado en que vendrías a verme.

¿Por qué me despierto y no te veo?

10 de agosto

Sueño todas las noches con verte, o por lo menos con hablarte por celular; no sé qué día es; ni mucho menos, si está claro u oscuro.

Estoy escribiendo a escondidas, me tienen prohibido hacerlo porque tengo que forzar mucho la mano derecha y es ahí donde más me han chuzado.

Sorprende que me hayan suspendido las quimioterapias, tengo miedo de no salir de aquí en mucho tiempo o quizá nunca.

Ha venido a verme frecuentemente la familia de mi mejor amiga, qué gente más buena, son maravillosas personas. La hermana mayor viene a leerme todos los días el evangelio; a veces, me da besos y me dice que me quiere; no puedo sentirme más dichosa, por fin alguien me quiere de verdad.

Nunca te he preguntado si tú me quieres, me da miedo la respuesta.

Soy tan poca cosa, que ni mi propia madre me amó.

Te pido por favor que ofrezcas una misa por mí, te la pagaré apenas pueda, lo prometo.

29 de agosto

Madrecita bella, hace mucho tiempo no sé de ti.

Ya no tengo cables ni nada que ate mis manos para poder escribirte.

Mi estancia en este lugar será prolongada, pero al menos tendré la satisfacción de poder desahogarme contigo.

Una de las enfermeras prometió prestarme su móvil para llamarte el sábado, día de la Santísima Virgen.

¿Has pensado en mí?

Le pido a Dios por tu hermosa alma.

8 de septiembre

Lucía, eres el sustento espiritual que mi alma tan agobiada necesita, gracias por haber recibido mi llamada la semana pasada, por lo menos sé que soy una hija espiritual afortunada por tenerte; infinitas gracias por tu cariño y tu desbordada bondad hacia mí.

Ayer vinieron los médicos, mi cáncer ha avanzado a pasos agigantados, ningún medicamento está haciendo efecto, me queda muy poco tiempo de vida y es indispensable que te vea, eres mi guía en este camino de cruz.

Ven pronto.

28 de septiembre

Querida Madre Espiritual, gracias por haber venido ayer a celebrar mi último cumpleaños, que festejo más agradable; los globos, el pastel y hasta la serenata que me diste cantando música católica me encantó.

Nunca me había divertido tanto, de hecho, nadie había celebrado esta fecha conmigo, infinitas gracias.

El mejor regalo que recibí de Dios fue haberte puesto en mi camino y que estuvieras en mi vida todo este tiempo.

Ya no aguanto más dolor físico, seguramente alguien ya está necesitando esta cama dura.

Madre Mía, consuelo mío, hoy, me despido de ti, el cielo entero espera esta alma desesperada por conocer a Dios.

18 de noviembre

¡Madrecita linda!

¡Qué casa más hermosa tienes, gracias por invitarme!

Quiero un abrazo y también algo de café, sin azúcar por favor.

¡Estoy aquí, mírame!

¡Oye, Lucía!

¡Lucíaaaa!

Un momento, no recuerdo cuando me invitaste, tampoco recuerdo qué pasó desde esa última vez que te vi en la clínica.

¿Estaré soñando?

... O quizá, morí.

MENCIÓN DE HONOR

Epigrama de un amor sólido

Nelson David Gómez Berruecos, Pbro
Licenciado en Teología
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación
nelson.gomez@uniagustiniana.edu.co

Antonia no lo pensó dos veces. Si esperaba más tiempo llegaría muy tarde a casa. Así que alzó su brazo y tomó el bus que la dejaba a un par de cuadras de su casa. Pasó su tarjeta, pero no tenía saldo para pagar el viaje. Todos los pasajeros la miraron consternados, mientras pensaban: ¿Qué hará? ¿Se baja o se cola? ¿Alguien tiene un pasaje que me venda? Preguntó Antonia, pero solo hubo silencio. Señorita, figuró que se baje, dijo el conductor de manera tosca. Por fortuna, un hombre se levantó de un puesto y le prestó a Antonia su tarjeta para que accediera al bus. Gracias, señor, ya le pagó, le dijo Antonia, cuando buscaba algo de dinero en su maleta. Mientras lo hacía, una señora no le dejaba de mirar. Por un momento, Antonia cruzó miradas con ella y la reconoció. Era una mujer que había soñado desde hace mucho tiempo. Lo curioso era es tal coincidencia no terminaba ahí. En el momento de pagarle al señor que le había prestado la tarjeta, se fijó en el hombre detenidamente; le pareció muy familiar. Así que lo miró por unos segundos, y antes de preguntarle si se conocían, se dio cuenta que aquel hombre miraba a la misma señora con quien Antonia cruzó miradas cuando ingresó al bus. No obstante, la mirada del hombre hacia la mujer, delataba una profunda tristeza y dolor; una lágrima recorría sus mejillas. Lagrima que Antonia jamás olvidaría.

Minutos después, la chica que no tenía saldo en su tarjeta, se dio cuenta que había puestos libres atrás del articulado; así que, alejándose de los dos personajes, se dirigió a las sillas, pensando consternada por qué le eran tan familiares aquellos dos rostros. Se sentó y tomó aire por unos segundos, pero al no encontrar respuestas en su memoria, supo que no era relevante cavilar tanto en eso. De manera que sacó su libro de la semana y leyó detenidamente...

- Armando, ¿cuánto estarías dispuesto hacer por mí? -preguntó Cristina, mientras se ponía su sostén.

- Lo que Ulises estaría dispuesto hacer por su Penélope: todo—le respondió el hombre, algo sorprendido al encontrar sus pantalones manchados.
- Tengo un regalo para ti en Bogotá. Quiero que vayas con urgencia.
- Iré lo más pronto posible, amor —le respondió Armando, algo confundido.

Cristina y Armando son adultos ansiosos por la pasión. Han vivido siete años en un idilio irreplicable. Se cuidan con atención, se aman con calma, pero lo que los hace una pareja sin igual, es su afinidad personal. Ella, seria y tímida, es diseñadora gráfica y está consolidando su estudio de publicidad en Bogotá. Él, extrovertido y astuto, no estudió nada, pero cuida de la casa de Cristina en Mérida, Caldas, mientras trabaja con dedicación para pedirle matrimonio a su enamorada. Ambos se conocieron en redes sociales, y entre likes y Match, decidieron consolidar un hogar. Platican todos los días para no dejar apagar la llama de su amor, mientras esperan ansiosos la próxima oportunidad para volverse a encontrar.

Armando cuenta los días, una y otra vez, para verla; y sin saber cuándo llegará, él está atento siempre a la visita de su amada. Hasta que un lunes, sin ella darle pista alguna, la encontró con un vestido demasiado sensual a los pies de su cama. El buen hombre no lo podía creer. Sorprendido y preocupado, la abrazó y dejó que el deseo de un enamorado a la distancia, fuera la función principal aquella noche. Al día siguiente, Cristina se despertó de madrugada y alistó todo para su regreso. Acostumbraba a quedarse con él una semana, pero en esta ocasión le dijo a Armando que tenía bastantes cosas por arreglar. Así que, al partir ella le dijo que lo esperaría en Bogotá con urgencia. Él, sin entender la precipitación de su amada, accedió confundido y le garantizó que la otra semana estaría con ella.

Lo cierto es que viajar con incertidumbre, no era algo muy grato para Armando. La precipitud de su novia para que él viajase a Bogotá le trajo gran preocupación. ¿Se habrá enterado Cristina? Al llegar, vio el pequeño apartamento de estudiante de su novia intacto, pero a ella no la encontró. Decidió esperarla, pero la angustia lo consumió. Se dirigió corriendo al estudio de publicidad, pero lo encontró cerrado. Una y otra vez intentó comunicarse con ella, pero no tuvo razón alguna sobre el paradero de su amada. Intentó hablar con los vecinos y policías acerca de la ausencia de su novia, pero no dio con respuesta alguna. Estuvo a punto de perder la cordura; horas después, encontró un periódico con una noticia de revuelo que le hizo perder el aliento.

Cristina murió por una sobredosis en un bar a las afueras de Bogotá. Armando, desesperado tuvo que dirigirse a las autoridades para enterarse de todo lo que sucedió desde que Cristina regresó de Mérida, las cosas que realizó durante esos seis últimos días y, en definitiva, la razón por la que cometió tal suicidio. No hubo rastro alguno de sospecha. Excepto un libro algo inofensivo, titulado Amor líquido, que encontró con un epigrama en la portada:

Son aquellos, tus besos desahuciados, una receta de muerte ante los quebrados labios de tu amor idiotizado.

Desconcertado, Armando se dio cuenta que Cristina supo toda la verdad, y que el rastro de unas lecturas consultadas por su enamorada esa última semana, contenían un análisis del cual no era difícil quedar impresionado.

Zigmunt Bauman plantea que, tras la absolutización de la razón por parte del hombre en los últimos siglos, el valor por el amor se ha convertido en algo líquido y fluctuante. Un amor que parece a las circunstancias de la novedad de las relaciones sociales, fruto de un modelo de consumo que pierde, en alguna medida, cualquier tipo de control cuando las nuevas estrategias del mercado,

deben ser satisfechas como una necesidad insoslayable. Cristina leía constantemente a tal autor, concluyendo que los argumentos del filósofo polaco eran subjetivos, posiblemente como producto de un desengaño que sopesó. Por eso hizo caso omiso al libro y se prometió ofrecerle a Armando toda la certeza de su alma, un amor sólido en tanto sincero e incondicional; incluso, a prueba de la distancia y el olvido.

Armando por su parte, decidió no desembocar todos sus sentimientos en una sola dama, sino en aquellas personas que decidiesen confrontar sus modernos gustos lascivos, al sentir que la espera por el ser amado se convierte en algo soso y desvanecido, ante las circunstancias volátiles del trabajo y la desolación.

-Calla, ojos que no ven corazón que no siente-, fue la frase que escuchó Cristina la tarde que llegó de Bogotá para visitar a su prometido; mientras veía entre las cortinas, cómo Armando retiraba fogoso, los pantaloncillos de un chico que conoció por una de las redes donde solo se busca sexo, como dulces en los supermercados. Ella creyó encontrar oro en las canecas de basura de una red social, cuando conoció a su prometido.

Cristina, sumergida en una profunda desilusión, se hospedó en un hotel aquella noche; mientras tomaba un baño, se dio cuenta que la teoría de Bauman no solo podía tener algo de razón, sino que la única forma de refutarle sería quebrando las dinámicas de una sociedad que ve en todo lo que hace algo esporádico y sin sentido. Por eso, decidió regresar a casa y visitar a Armando por última vez, con el fin de demostrarle cuán sólido era su amor, a pesar de las gotas de cariño que él le ofrecía.

Al despedirse le dijo que lo esperaba un gran regalo en Bogotá. Un regalo que no se conformaría con convertir su amor por Armando en algo líquido también, sino, y sobre todo, en un mecanismo de resistencia que diera testimonio de que el amor sólido en tanto

fiel, persevera ante todas las ofertas malsanas y efímeras de una sociedad expuesta a los sentimientos esporádicos y malgastados.

Y fue cierto, la muerte era el regalo que le esperaba a Armando cuando llegase a casa de su Penélope. Para Cristina el suicidio era la mejor resolución para mostrar su amor sólido a su anhelado Ulises, quien, como Armando, paraba en cada isla que encontraba y se dedicaba a disfrutar una buena temporada de las atenciones amorosas de cuanta ninfa, princesa, o sirena que se encontrara en su regreso a Ítaca. Lugar en donde Penélope lo esperó durante veinte años. Un lugar en donde una hermosa dama confiaba en el retorno de su prometido Ulises, a quien todos creían muerto; sin dejarse convencer, por cuanto pretendiente pedía su mano. La cuestión es que Cristina no estaba dispuesta a esperar veinte años por Armando, para que él se decidiera a guardarle respeto y fidelidad. Tampoco estaba dispuesta a buscar en lo efímero, un amor dispuesto a corresponderle. Por eso, a sabiendas que Bauman tenía razón, quiso ser prueba intachable de que el amor sólido aún persiste, incluso hasta la muerte.

Desde entonces, Armando lleva consigo el regalo de la muerte de Cristina, con un sabor a culpa y desconsuelo, sin remedio. En realidad, las trece pastillas que tomó su amada aquella noche mientras bailaban, le enseñaron que el amor líquido no es todo lo que puede ofrecer una sociedad consumista y superficial. Entre lágrimas y añoranzas, aquel Ulises sabe que en esta ocasión no era una tela la que se tejía y destejía en su espera, sino el epigrama de un amor sólido, el que lo perseguiría con tormento para siempre.

... Antonia despertó de un largo y profundo sueño cuando apenas le faltaban dos cuadras para bajar a la estación y llegar a casa. Angustiada, se levantó rápido de su puesto y timbró a empujones porque el bus estaba muy lleno. Al bajarse, corrió afanada a casa para escribir un relato con dos personajes que, desde tiempo atrás

venía soñando. Una ficción que, a final de cuentas no guardaba parecido alguno con la realidad, pero que era fruto del epigrama de un amor sólido, de un amor que le fascinaría completo: estaba a poco de convertirse en su propia historia.

categoria DOCENTES



PRIMER PUESTO

Compañeras

Johnnier Guillermo Aristizabal Santa
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
johnnier.aristizabal@uniagustiniana.edu.co

1

Virginia se enteró en una publicación de redes sociales que su mejor amiga había muerto. El velorio era ese mismo día y si se apuraba, llegaría a tiempo para ver el féretro ingresar al horno crematorio y darle el último adiós. Tendría que ir en Transmilenio si quería llegar a tiempo, los trancones de Bogotá hacen imposible moverse de otro modo. Pero estaba demasiado enguayabada y agotada, como para arreglarse decentemente y parecer una persona digna de acompañar un cortejo fúnebre. De todos modos, estaba segura que llamaría la atención entre los presentes con su pelo purpura, que tanto divertía a Penélope, sobre todo cuando estaba borracha. Y toda su ropa negra era escandalosamente sexy: mallas, transparencias, camisetas rotas, arneses, látex... Irse de látex, botas de tacón aguja extra largas y fusta de dominatriz para ir a un entierro, ¡Ja! Eso sí que le hubiera alegrado a su amiga, con esa falta de respeto que ambas guardaban por los rituales y la tradición. Independientemente del guayabo, la realidad es que nadie le había llamado a decirle, a avisarle, a contarle que Penélope había muerto o que había estado enferma desde hacía meses, ni ella misma se lo había contado ¿Murió de repente? ¿Un infarto? Aunque deseaba saberlo, prefirió no averiguarlo. ¿Para qué? Nadie se había molestado en avisarle. No había justificación para no haberse enterado de la agonía y muerte de su amiga, su mejor amiga, su única amiga. No deseaba saber la causa de la muerte, incluso a riesgo de tener alguna enfermedad de transmisión sexual, pues a lo largo de su relación habían coincidido en varios falos, y de quienes se burlaban o admiraban en sus noches eternas de cerveza y rock en cualquier lupanar de la ciudad. Afortunadamente, Virginia había logrado que su amante de turno se fuera justo después de terminado el acto, con eso no tenía que dar explicaciones ni rechazar espontáneas manifestaciones de afecto por la muerte de Penélope.

A Penélope le gustaba usar un nombre distinto con cada uno de sus amantes y llevaba un registro preciso de todos los nombres que había usado. Cada polvo era recordado con el nombre de una mujer. Cada falo, bautizado en femenino. Muchos nombres, todas las mujeres que Penélope quiso ser. Ya había agotado dos veces el abecedario usando o inventando nombres, aunque Sara, Sandra, Sofía, e incluso Cecilia, podía escribirlos con zeta, y esas pequeñas trampas del lenguaje y el error, le daban un margen de repetición amplio. Por eso su X-Men favorita era Mystique: una mujer que podía ser todos los seres que deseara. Imitarlos, ser otros a voluntad. A veces bromeaban con la posibilidad de volverse hombres transgénero, y así resetear el abecedario del sexo. Les gustaba tanto el chiste que siempre lo recordaban bien entrada la noche, cuando ya estaban por cerrar el bar y la risa se apoderaba de ellas hasta que prendían las luces, y ya tocaba irse a dormir o a fornicar, o a amanecer en cualquier chochal. Ser un hombre, solo por curiosidad. Tener la oportunidad de estrenarse de nuevo, perder la virginidad otra vez.

Virginia recordaba todo recostada en el desorden de su cama. Se sorprendió a sí misma tocándose y pensando en la ausencia de Penélope, con quien nunca volvería a reírse, un recuerdo que la habitaba progresivamente. Todo lo que había sido el presente de su amistad, ya era el pasado, un tiempo imposible de recobrar, pues su amistad era de ellas y de nadie más. No había otras personas con quien compartir la ausencia de Penélope. Aparentemente no había secretos en su amistad. Pero la muerte inesperada de ella, se había convertido en la gran incógnita.

El día que aprendió a masturbarse con Penélope fue una jornada completa dedicadas a implementar con precisión la técnica, y ambos cuerpos fueron el escenario de aprendizaje: P en el cuerpo

de V, viceversa, P con P o V con V, mientras se observaban mutuamente con curiosidad y deseo. Era una técnica compleja pues además de complacerse a sí mismas, sus manos también debían emular la presencia de un amante invisible. Un día completo, con su noche, dedicado exclusivamente a la masturbación.

Eran bisexuales curiosas, no tenían problema de “sexar” con otras mujeres, pero amaban los falos. Entre ellas nunca hubo un contacto íntimo más allá de la sesión de aprendizaje, donde conocieron sus cuerpos con un interés de onanismo pedagógico. Ni siquiera en las orgías que ellas mismas gestionaban; máximo unos besos y algunas caricias para calentar a los amantes de turno y nada más. Nunca se provocaron orgasmos mutuos. Ni tampoco se deseaban sexualmente, aunque siempre quisieran pasar más tiempo juntas para hablar mierda, reírse de todos, odiar el mundo, soñar los desastres y ponerse idiotas por el simple gusto de salirse de sí mismo un rato.

Recordando y aplicando la técnica que compartía con P, Virginia fue sorprendida por un intenso orgasmo, seguido de un profundo llanto.

3

Había pasado una semana sin dormir profundamente. Virginia cerraba los ojos para internarse en el limbo del sueño, entre el reposo del cuerpo y la angustia de la lucidez, donde todo es niebla mezclada con los delirios de la conciencia. Ya no funcionaba masturbarse para alcanzar el descanso, su cuerpo se relajaba, pero el cerebro continuaba empeñado en recordar. Durante el día mal trabajaba entre sus múltiples contratos de consultoría económica, confundiendo empresas quebradas y pymes. Procuraba mantener su rutina asistiendo al gimnasio, realizando sus ejercicios con desdén. En una de esas tardes un hombre se le insinuó en el baño y

ella aceptó, resignada, a fornicar. Su falta de entusiasmo provocó que el desconocido guardara su miembro justo antes del contacto genital, y luego irse sin decir nada. Virginia se desplomó en el suelo del baño y se miró al espejo ¿Le contaría a su Penélope este fracaso si ella estuviera viva? ¿Qué diría ella en una patética situación como esta?

En las noches intentaba maratonear alguna serie, pero no recordaba el desarrollo de las tramas, y terminaba repitiendo una y otra vez el mismo capítulo, hasta que de nuevo se masturbaba buscando el descanso y de nuevo se hundía en el limbo de la vigilia. Progresivamente los recuerdos de Penélope se iban transparentando, diluyéndose, fragmentándose: ella vomitando sobre un vestido de cuero amarillo, cacheteando a un hombre en un bar mientras Virginia le acariciaba, P y V riéndose, siempre juntas riéndose; ellas gritando mientras veían el final de El Páramo. Penélope llevándole mercado a su mamá sin cruzar palabras con ella. Virginia arreglando las uñas de Penélope. Ellas intercambiando ropa que ya no usaban, eran del mismo biotipo, aunque de apariencia distinta: Virginia tetona, trigueña y delgada; Penélope culona morena y de pelo corto. Todos estos recuerdos en un perpetuo caleidoscopio, un aleph de su relación.

4

Penélope murió durmiendo. Se acostó y no despertó. “Voy a recostarme un rato antes de irme a una cita” fue lo último que dijo, al menos eso le contó la mamá el día que Virginia la visitó. Como todos los sábados, Penélope llegó a casa de su madre, abrió la puerta, caminó directo a la cocina, dejó el mercado y cuando pensaba irse, regresó sobre sus pasos y se recostó en el sofá de la sala, pronunció sus últimas palabras y allí se quedó. Hasta que a la madre se le hizo extraño que su hija hubiera pasado la noche en esa casa

que detestaba. Morir en el mismo lugar en que se nace, ese fue el destino de Penélope. “Qué mierda. Ella quería morir cogiendo”, respondió Virginia cuando la madre terminó su recuerdo. “Llévese eso más bien. Y no vuelva”, eso dijo la doña antes de cerrarle la puerta en la cara a Virginia “¿Y la ropa?”, gritó Virginia. “La regalé toda”, fue la respuesta de Doña Milagros desde el interior de la casa. Virginia pidió transporte por una aplicación para regresar a su casa con la urna en la que reposaban las cenizas de Penélope.

5

Periquearse las cenizas. Diluirlas en agua y bebérselas poco a poco, una cucharadita diaria. Tirarlas al mar. Tirarlas en el inodoro, orinar sobre ellas y soltar el agua. Subir al edificio Colpatria y lanzarlas al vacío. Mezclar las cenizas con poca agua hasta espesarlas, untárselas en el cuerpo, hacer una danza ritual al ritmo de *Kraftwerk*, *Inquisition* y Sistema solar. Sembrarlas en un árbol. Hacer dijes con botellitas, guardar un poco de ceniza en ellas y a cada botellita ponerle un nombre de falo.

¿Qué hacer con las cenizas de la única persona que has amado en la vida? De eso se había dado cuenta Virginia al preguntarse qué hacer con su amiga: Penélope era la única persona que había amado, la única con quien fue siempre incondicional y a quien nunca tuvo que perdonarle nada, pues, entre ellas no cabían los juicios, los reproches, la rabia, el rencor. Habían compartido todo lo que habían vivido, aunque nunca pensaron su porvenir. Esa noche Virginia por fin durmió profundamente. Cuando despertó al mediodía del domingo, se sorprendió al ver la urna a su lado. Era una de las pocas cosas que le faltaban por hacer en la cama: dormir con un muerto. Y no era una experiencia para repetir.

Empacó la urna en un maletín. Y se fue caminar por Bogotá. Alcanzó la última hora de la ciclovía, tiempo suficiente para llegar

al centro. Almorzó picuda en la cuarta con 20. Se tomó cuatro cervezas en La Normanda. Vio una predecible película de superhéroes comiendo maíz pira de caramelo. Se fumó medio paquete de cigarrillos, uno tras otro sin detenerse en lo que duro el recorrido hacia el cementerio central. Allí recorrió los pasillos de las bóvedas, leyó las tumbas de los osarios familiares hasta que en un rincón encontró una tumba vacía. Virginia miro con cuidado a su alrededor antes de sacar la urna. La abrió y un raro olor a papel quemado invadió su nariz. Tomo un poco de las cenizas y las guardó en el paquete de cigarrillos vacío. Y dejó la urna en la tumba hasta ese momento deshabitada.

6

El siguiente fin de semana, Virginia salió de cacería a un bar que habían abierto en Engativá. Llevaba puesto un collar de plata con un dije de cristal oscuro, Urus la runa de poder Vikinga. Si se observaba con detalle su interior, se podía ver que el dije estaba relleno con cenizas. Virginia no se quitó el collar mientras fornicaba intensamente con su amante de turno.

SEGUNDO PUESTO

Silencio



Andrés Mauricio Aros Alvarado
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
andres.aros@uniagustiniana.edu.co

Del proyector de cine de 35mm emerge una tenue luz que se hace más visible; una pared blanca que servía como lienzo, se fue cubriendo de figuras en blanco y negro, otras azuladas, amarillentas, con rayones, formas irregulares, pero donde aún se podía leer La María, 1922, mientras el motor del proyector suena con más ímpetu en esta pequeña habitación, repleta de películas antiguas, afiches y objetos descoloridos. El único espectador de esta curiosa sala, se va quedando dormido para nunca más despertar; este hombre tan singular como la sala, guarda una historia, escrita en desordenados papeles guardados en una habitación al otro lado de la ciudad, en la computadora de su trabajo, que en este momento está siendo eliminada por el Área de sistemas, y en su cabeza, que cada vez se va difuminando como la imagen de la película proyectada.

La noche se había consumido, como se iba consumiendo el nitrato mal cuidado de esta película desaparecida por casi cien años, encontrada por el azar y la persistencia de un ser olvidado, que había puesto hasta los últimos minutos de un corazón enfermo a esa labor, el que yacía junto a unas herrumbrosas latas de cine, mohosas y llenas de una historia, que se quemaba lentamente, como esta singular habitación.

EL TIEMPO

Incendió en pequeña cinemateca Bogotana, muerto un hombre no identificado, perdida para el patrimonio filmico del país...

Un hombre se sube el cierre de la chaqueta, revisa su reloj, 4:55 p.m., revisa su aspecto en el reflejo, levanta su brazo izquierdo, se peina/despeina, murmura: *El tiempo es un asco, ni en la película de mi vida soy el protagonista...* Corre, suena su celular, se detiene, en el reflejo del celular vemos su rostro a medio afeitado, una mirada

triste, adormilada: *Abrir Correo: SE ENCUENTRA EN ARGENTINA, UNA PELÍCULA PERDIDA DE HITCHCOK*. Se vislumbra una leve sonrisa; en el piso gris, mortecino, se ven unas pequeñas gotas. El hombre se levanta el cuello de la chaqueta, no puede hacer mucho esfuerzo, se toma el pecho, tose, murmura de nuevo: ¡Maldición!, otra vez! Levanta la cabeza, vislumbra el límite marcado por un edificio alto. Recuerda que aquella mole era el edificio más alto de la ciudad. Devuelve su cabeza y la mirada hacia la rotonda encumbrada por un CAI. Pasa un taxi, lo para. A la 49 con 11, dice el hombre. El taxista replica que hay un trancón terrible, pero que no hay lío, que alcanza a llegar.

El retrovisor del taxi no sólo refleja los fragmentos de un hombre agobiado, también un pequeño carnet que indica su nombre: Umberto M./Administrativo. Un brillo en el espejo azuza la mirada de Umberto, al igual que a la del taxista. Ya llegamos, dice. Uno entrega un billete; el otro, unas monedas. En frente, una universidad blanquecina, repleta de cristales, adoquinada. Vemos a un hombre que se baja de un taxi, que apresurado recibe unas monedas, las mete en un bolsillo, corre, revisa que su pelo esté peinado/despeinado, una voz de lejos grita sutilmente:

- ¿Hola, ¿cómo vas...?

Umberto le responde mecánicamente:

- Bien, bien, voy tarde, ve a la oficina y te ayudo....

Unas gotas que golpean de forma sutil el tejado donde está dispuesta la oficina de Umberto, repleta de archivos, libros, una cámara fotográfica. El hombre revisa, mecánicamente, todo lo que está en su entorno, no han hecho aseo, pero todo está completo, no ha pasado nada ajeno a su voluntad. La incómoda silla giratoria da tres vueltas, dos, el hombre detiene su habitual juego giratorio. Se sienta. El reflejo de su cara empapada, de una mirada adormecida,

se desvanece al darle clic al mouse del computador.... El video que estaba editando sigue en marcha. Imágenes de estudiantes, docentes, letras institucionales, se mezclan de forma monótona. Umberto se levanta de su puesto de trabajo, un toc, toc, en la puerta y el chillido de zapatos se confunden con las vociferaciones de hombre y mujeres agolpados en esa puerta, en esa oficina, fría, distante...

La chica que había saludado un par de horas atrás, golpea a la puerta, la lluvia se ha incrementado, su angustia es notable, con los ojos bajos, con incomodidad, pero con algo de ternura le pregunta a Umberto si el video está listo. Él le responde con un movimiento de cabeza, con un imperceptible sí, con una sonrisa a medias. Ella sale un momento, regresa con un café. Las recompensas de Umberto son pequeñas, nimias, pero a estas él responde de la mejor manera. El cien por ciento que marca el computador, acaba con la escena, entre idílica, por lo menos para Umberto, e incómoda, como siempre para la chica.

La chica se despide, lo besa amistosamente, le dice que gracias, que siempre la saca de apuros. El hombre sonrío, su sonrisa es limitada, una mueca, pero es una sonrisa sincera, estúpida, pero absolutamente sincera. La chica corre, se escuchan de nuevo unas gotas que rítmicamente golpean el tejado. El hombre mira hacia afuera, al lado, los pasillos de la universidad siguen en silencio, el silencio que siempre disfruta, el silencio que ve en las películas mudas que lleva viendo hace años, tratando de descubrir cuál es la maravilla de ese cine, que le tanto le recomendaba su maestro, su amigo recién fallecido.

Revisa detrás de la puerta. Alguien ha dejado de nuevo una sombrilla. El hombre la coge, sale con calma, da una mirada a la oficina, hace frío, siempre hace frío. Golpea el switch de la luz. Revisa en su pantalón, tiene un llavero con múltiples llaves, cierra la puerta, cierra los ojos, se oscurece...

Un celador ve a un hombre cerca de una puerta, de unas escaleras. Umberto M. se ha vuelto a desmayar. Le pregunta que si está bien. Él responde que no hay lío, que me resbalé, que el piso estaba mojado....

Vemos en la pantalla de un televisor de plasma, junto a otros monitores y un intrincado set de seguridad, que un hombre junto a una puerta, a una escalera, se toma el rostro y cae. Otro episodio de desmayo. Él sabe qué significan, sus padres murieron de esa forma, el corazón de su familia es débil, perezoso, son corazones a los que no les gusta demasiado esta época, este mundo, este ruido.

Bicicletas que van de un lado al otro. Edificios que se mueven a un ritmo copioso. Sombras que reflejan los detalles de una bicicleta antigua, se funden con otras modernas, graciosas, extrañas. Alguien grita que Deben subir la 34 para llegar a la Carrera Séptima. Umberto M. da las gracias. Es como una sombra que se mueve en una bicicleta antigua, pero entre las sombras de una ciudad soleada, azul, extraña por tanta vivacidad y color. Los movimientos de una ciudad en pleno domingo, a la que Umberto M. se ha acomodado porque tiene una gran cita, una cita con el cine, con su destino.

En un rincón del centro de Bogotá, donde otras veces Umberto M. ha saciado su curiosidad, un hombre sin nombre, le comenta que tiene unas basurillas y demás pendejadas de cine, que tal vez le pueden interesar. Este le responde que, de una, que no hay lío, que finalmente, tiene con qué pagar las basurillas...

Una lata derruida, acabada, con un olor mohoso, azufroso, despierta la curiosidad de Umberto M., así que revisa dentro de la caja. Fragmentos de celuloide y otras cosas que parecen ajenas a esa caja. El hombre envuelve en un plástico estos elementos, monta su bicicleta, se traslada tranquilamente a su pequeño departamento, llama a un conocido que trabaja en una pequeña y particular

cinemateca. Películas, afiches, cámaras, recuerdos, un café y unos libros son todo el decorado de ese espacio que parece ajeno a esta época.

Umberto M. le explica a la persona que está detrás de la línea, al otro lado del teléfono, en otro espacio, que sí, que cree que ha encontrado algo realmente valioso, que está feliz, que por fin su vida tiene sentido. Umberto M. cuelga el teléfono, cierra sus ojos lentamente y repite lo último que le escribió su maestro:

*Tumbas de silencio,
Lugar de encuentro con otros nadie,
Que sólo buscan atrapar esas figuras sin tiempo.*

TERCER PUESTO

El sensible ruido de la lluvia
mientras suena *Shine On*
You Crazy Diamond

Yamid Galindo Cardona
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
yamid.galindo@uniagustiniana.edu.co

Esther llegó a la esquina de la calle del calvario un poco tensa, paró bajo el farol recién prendido del poste y alzó su mirada hacia el cuarto piso del edificio que esperaba su visita. Treinta metros de distancia, en sentido oeste, la separaban. Los años de niñez e infancia se acortaban en esos metros cuadrados, años que fueron felices y tortuosos en un periodo ignominioso de la historia de su país. Estática y acongojada, debía romper el viento que la frotaba inmisericordemente, para quebrar ese invisible yeso que la plantó en los resbalosos adoquines envejecidos por el tiempo.

Llegar al portón fue la prueba inicial que debió afrontar para conectarse con la realidad. A cada trayecto, un recuerdo le traía alegría y tristeza: el de salir entrelazada con sus progenitores jugando a cada dos metros del ancho zaguán a “Que pase el rey”; el de ver desde un rincón, los despojos de sus padres, uno tras del otro, en esa triste caravana color blanca reflejada en bolsas mortuorias, patética visión que mentalmente guardaba cierta belleza reproducida en cámara lenta, con los investigadores de criminalística que escoltaban sin pena alguna.

Las pruebas que pensó le tocaban transgredir, fueron viniendo una a una, de eso se trataba regresar, decía ella, ante la perpleja mirada de su interlocutora, una arrugada mujer que con tesón de hierro sostenía un negocio de chucherías, mecatos y revistas en todo el frente del edificio “Veinte de Julio”. Entrañable sitio que visitó por mucho tiempo para recoger los periódicos de obligada lectura familiar, comprar quincenalmente sus gustos por los comics y, de vez en cuando, algún *Corín Tellado* a escondidas de su madre. Esther conversaba con Leonor mientras los escasos clientes arrimaban a preguntar, manosear y, tal vez, comprar su mercancía, especial palique, mientras esperaba un carro de corotos que recogería algunos enseres.

Nunca hubo portería en el edificio, los caseros se encargaban de recoger al ingreso recibos, cartas, y demás encomiendas para ser

ubicadas en viejos cubículos de madera que en orden ascendente desde el 201 hasta el 604, definían a cada dueño o arrendador. Al ingresar, ella observó el escaparate, fijó su mirada en el número 403, no vio nada; sin embargo, se acercó y metió su mano, palpó en el fondo una vieja postal navideña enviada desde New York por una amiga en la clandestinidad. La sacó, limpió algunas telarañas y desempolvó esa bella ofrenda, escrita en ocho líneas, que deseaba prosperidad y venturoso año.

Avanzó hasta el elevador, puso una de sus huellas en el botón de subida, inmediatamente el estruendoso ruido de la máquina trajo a su memoria los incansables juegos que sostuvo en los “Sube y baja”, junto a otros compañeros de juego. Una extraña sonrisa en su rostro ante la inminente necesidad de entrar y hundir el botón del piso 4, le aceleraba el corazón de forma inquieta, hasta el punto de sentirse sudorosa, cambió de inmediato la temperatura de su cuerpo, sacó de su bolso la llave con la que abriría la “nostalgia echa realidad”, metiéndola en la cerradura para jugar con el movimiento eficaz de tres vueltas, y un leve sonido que avisaba el fin de la acción, para dar inicio a una vieja realidad habitacional.

El encuentro con la oscuridad y esas pequeñas sombras del “tragaluz del infinito” de las dos ventanas de la sala, vislumbraban delicadamente algunos objetos todavía inmovibles ante los años, conectándose el reflejo de su cuerpo con la luz del corredor que atravesó ganadora su viejo domicilio; nuevamente perdedora ante la simpleza de cerrar la puerta, y sentirse análoga ante una pequeña tumba donde fue enterrada viva. La resiliencia tenía pendiente este capítulo, volver al sitio de los hechos donde su mundo un día se derrumbó y supo de la infamia de un país que asesinó a sus ciudadanos por diferencias políticas, o por desacuerdos en la forma de entender y analizar su historia. Paralizada ante esa realidad, Esther se acuclilló y agachas buscó esa pequeña puerta donde ya

no cabía, allí dobló y extendió sus piernas descansando su espalda, cerró los ojos y por segunda vez gritó en soledad.

Un lunes a las 11:30 de la noche a inicios de los años noventa, desde la ventana, la madre de Esther observó la llegada de dos vehículos sin placas, su inequívoco instinto le hizo pensar lo peor ante la insistencia del timbre; a lo que acto seguido, su esposo respondió en el citófono para bajar y autorizar la entrada. Sin dudar, pasó al cuarto de su hija, despertándola de inmediato, llevándola medio dormida le informó que, sucediera lo que sucediera, guardará silencio tras de esa pequeña puerta al lado de la cocina. Regresó inmediatamente para tender el lecho de Esther y estirar las cobijas como síntoma directo de una cama sin destender.

Abriendo la puerta, el papá de Esther sintió la dureza del frío cañón de un arma que estrujó su cintura, era claro que venían por ellos, preámbulo de una tragedia sistemática con idénticos móviles en las principales capitales del territorio. Llegando al apartamento, pasaron directo sin cerrar la puerta, tomaron del brazo a una hermosa mujer que palidecía como si esperara las balas de un pelotón de fusilamiento, asumiendo su sentencia. Sin mediar palabras los amordazaron, los hicieron arrodillar y, certeramente, a escasos centímetros de la piel del hueso frontal, fueron asesinados en su cuarto matrimonial. No hicieron más, ni siquiera pasaron al otro cuarto, salieron discretos ante el trabajo realizado. Mientras tanto, Esther aguantaba tapándose los oídos, no tuvo sentido del tiempo, paso horas sin salir de su asilo pasajero.

El día martes, el vecino del 402 vio la puerta entreabierta de sus amigos “Los profesores”, le extrañaba lo que veía, un hilo manchoso que salía de uno de los cuartos, que oscuramente se había impregnado al piso de madera, un pequeño charco con más claridad llamó su atención ante el pequeño ruido que escucho del castañeteo de dientes, era Esther en estado de shock, ante lo que había

visto, era la niña que no quiso llorar ante el infierno observado; luego de salir de su refugio, en medio de la quietud y en esas cuatro paredes de lo que había sido su cielo en sus escasos 13 años. Sacarla de ese letargo y consolarla era imposible, pidiendo ayuda a otros inquilinos que acudieron a la emergencia, llevándola al primer piso, mientras los oficios estatales llegaban para el avance en los pormenores de lo sucedido y el levantamiento de los cadáveres.

Esther no regreso a su apartamento, fue entregada en custodia a uno de sus familiares, mientras las historias, las causas y las desinformaciones pululaban sobre los motivos del cruento suceso. Fue aislada de los momentos más oscuros de esos días, menos del numeroso entierro que llevó los féretros, desde el claustro universitario hasta el cementerio central, lento trasegar colorido de pancartas que pedían justicia, y arengas que condenaban al Estado y sus fuerzas oscuras. De eso se recordaba “Como si fuera ayer”, decía, y lo contaba con detalles, incluyendo las percepciones del silencio y su significado en momentos donde algunos discursos fueron saliendo, o de ese inexplicable desierto que significó verse ante la tierra que ya no era plana sobre las tumbas de sus padres, mientras el sol de los venados destilaba su último hilo.

A sus 24 años volvía Esther desde el exterior, su destino la había llevado al exilio sin conocer, en su momento, el significado de esa palabra y sus consecuencias en la vida práctica. Regresaba a redescubrir los objetos, a tomar decisiones sobre su morada. Espacio resguardado durante años con visitas semanales para su nimio aseo por parte de Leonor, la depositaria de tremenda tarea que fungía como doméstica desde el interior del 403 y vigilante desde su quiosco. La amiga especial que sufrió la noticia del edificio perdiendo de vista a la niña, la que empezó a recibir cada mes correspondencia con noticias y desahogos, reconociéndola con cada foto anexada en los pliegos rayados de líneas azules y color amarillo que detallaban los pormenores de su ostracismo, casi que un

diario acontecer de las aventuras, ausencias, desdichas y logros que, expresados en un cúmulo innumerable de hojas, sumaban la insoportable intimidad de un pasado que buscaba reconciliarse con su presente.

Consumido el letargo del sueño y al lado de la pequeña puerta de salvación, se paró Esther, decidida a asumir la tarea que la traía a casa, recoger los elementos más representativos de la vida de su padres, el archivo de más de quince años, expresado en cuadernos de notas, legajos envejecidos, álbumes de noticias periodísticas clasificados por años, fichas de reseñas bibliográficas, casetes con entrevistas, rollos de película súper 8mm, y 16mm, correspondencias, y un sinnúmero de materiales que daban cuenta de una vida académica e investigativa que los había llevado a registrar luchas campesinas del centro y sur del país: una visión de Colombia desde el despojo, y puesta en circulación en artículos y libros de enfoque humanístico y social. Allí estaban todas las pruebas del por qué fueron asesinados.

Transitó a la biblioteca extendida por la sala comedor, y como en un pequeño juego de indistintos colores representados en los lomos de los libros, su dedo índice izquierdo tocaba inmisericordemente clásicos de la literatura universal, con textos de autores nacionales, y aquellos canónicos que sirvieron para amoldar un conocimiento eficaz de la vida nacional desde el siglo XIX y las diversas luchas partidistas acaecidas en el siglo XX, para entender los cruentos años setentas y ochentas de sus objetos de estudio. Pero aparte, en un pequeño anaquel, había otra memoria, la familiar, 7 álbumes voluminosos con registros fotográficos que iban desde fotos a blanco y negro y sepia, hasta aquellas coloridas que mostraban el matrimonio de sus padres, su nacimiento y actos festivos que se volcaban constantemente ante la celebración de la vida; sin lugar a duda, el tesoro familiar congelado en sus mejores años de subsistencia.

Horas después, sonrió ante el tocadiscos que acompañaba un ancho mueble color verde, otra invitación que debió afrontar, escudriñar los gustos musicales y melómanos de sus ausentes: elepés de rock, salsa, baladas, tangos, música clásica y vallenatos; llamando su atención uno que se encontraba en el plato giradiscos, uno que desde el día de los acontecimientos había quedado allí y que Leonor nunca quiso tocar o mover de su sitio, como ocurrió con todos los elementos del apartamento. Extraño momento, escuchar tal vez la última canción que oyeron sus papas, otro acto sublime de conexión que sin dudar lo llevó sobre el sillón, ubicando sobre sus oídos los viejos audífonos que acompañaban el aparato. Dejándose llevar para descubrir la música, lo prendió, poniendo sobre este la aguja que posibilitó ese momento mágico: los acordes de la guitarra en esa larga introducción de Gilmour, Waters y Wright, la transportaron a reconocer la obra de Pink Floyd *Shine On You Crazy Diamond*, la escuchó toda, la puso de nuevo, la repitió y simplemente quitó los audífonos para que retumbara por todo el apartamento.

Esther regresó durante una semana para ir desalojando y entregando ciertos objetos a sus familiares, así fue quedando vacío el apartamento. Cada día alguien venía a recibir algún preciado recuerdo, pequeños y grandes despojos que Esther supo repartir incluyendo una lámpara y algunos de sus juguetes -armatodos, muñecas, y su clásico *view-master* con carretes 3D de las películas *Fantasia* y *Dumbo*- a Leonor, fiel depositaria que trasladaría estos a una de sus nietas.

Al final, veinte cajas entre pequeñas, medianas y grandes, eran sus pertenencias llenas de evocación. Faltaba guardar el aparato que seguía con el mismo disco, esta vez con el volumen bajo, lo volvió a escuchar, mientras el sensible ruido de la lluvia que caía sobre Bogotá, la llevó hacia la misma ventana donde una vez su mamá vio llegar a sus verdugos, y se puso pálidamente bella.

MENCIÓN DE HONOR

El rostro de Beatriz

Martha Graciela Arias Rey
Licenciatura en Filosofía
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación
martha.arias@uniagustiniana.edu.co

*La vida, como una Divina Comedia,
esconde su rostro hasta encontrarse.*

¡Es miércoles!, se dijo al abrir sus ojos y observar a su alrededor la oscuridad a la que estaba acostumbrada. Lo supo porque por alguna razón los miércoles empezaba su ciclo de insomnios.

¡Es hora de levantarme!, murmuró, mientras vestía el abrigo de piel de cordero que le había regalado su abuelo, el mismo día en el que, sorprendida, observó cómo ella había sobrevivido a la experiencia de ver el degollamiento del rebaño de corderos que pertenecía a su hacienda.

Abrió lentamente la puerta de su habitación y depositó en sus bolsillos unas migas de pan de ajo que había dejado la noche anterior, por si los cuervos le seguían los pasos.

No sabía hacia dónde se dirigía. Sólo deseaba encontrar los círculos leídos en el libro escondido en el anaquel del cuarto de su abuelo. Deseaba reencontrarse con los personajes soñados cada noche como una eterna pesadilla. Para ella no eran simples personajes, hacían parte de ese mundo que aún no conocía y sentía que era la hora de ir tras ellos. Pero debía hacerlo a escondidas, pues su abuelo la protegía demasiado de ese mundo exterior. Según él, no estaba lista para salir de casa.

¡Es el momento de partir!, dijo, mientras revisaba que no quedaran prendidas las luces de su habitación.

Una vez superado el escollo de la puerta, caminó siguiendo el rumbo que le indicaba la brújula de su cerebro.

¡En verdad no sé si es de noche o de día!, musitó para sus propios oídos.

Pasó por el frente de la cabaña de su tío. Horacio, se llamaba. Se detuvo en la puerta para pedirle unas monedas por si se demoraba

en el camino. Pero no sabía que era tarde, o temprano. Se acordó de que no tenía idea del tiempo, Sólo atinó a decir: ¡Hoy es miércoles!, y continuó caminando.

Mientras avanzaba, observó una enredadera que separaba la luz y la sombra. Decidió treparla sin pensar en las posibles consecuencias.

¡Ayayay!, gritó con dolor, al sentir la sangre correr por entre sus piernas. La enredadera la había atrapado como queriendo retenerla. A pesar del hilo de sangre, decidió proseguir, aún con el peso que le ocasionaba la piel de cordero.

Una vez traspasada la enredadera se encontró en un paraje distinto. Pudo observar casas más grandes que la suya; y a lo lejos, una carretera que, aunque no sabía a dónde conducía, le llamaba poderosamente la atención recorrerla, pero se alejó de ese pensamiento cuando detrás de una pequeña montaña de césped logró ver un bulto. Era su muñeca Lucrecia. La alzó y observó que aún le faltaba el ojo, el que su perro Matías le había arrancado en un pequeño descuido, cuando la dejó en su cama sin la compañía de su niñera.

Decidió dejarla donde estaba para evitar cargar más peso del que tenía. Mientras avanzaba, sentía que a su lado alguien caminaba. Sin embargo, conocía muy bien su capacidad para hacerse amigos imaginarios. Aun así, fue capaz de concentrar de nuevo su atención y proseguir hacia la carretera.

¿Por qué he huido de casa?, se preguntaba una y otra vez, e intentaba regresar, pero la sombra que creía que la acompañaba, la detenía en su intento.

Sin darse cuenta, estaba llorando y en cada lágrima un recuerdo llegaba: su padre degollando los corderos, su madre amasando el pan, y esos amigos invisibles con los que solía jugar todos los días cuando llegaba de la escuela.

Mientras avanzaba, el cansancio disminuía, pero la sensación de angustia por conocer ese nuevo mundo aumentaba. Sentía que esos círculos sobre los que había leído, en realidad existían y que quizá esa carretera le indicaba la ruta hacia las respuestas a sus interrogantes.

Quiso detenerse a descansar, pero la sombra que a su lado caminaba le gritó insistentemente: ¡No te detengas, no hemos llegado!

De repente, se dio cuenta de que el clima no era el mismo que dejó antes de cruzar la enredadera. Sentía demasiado calor. Entonces, empezó a cantar y la sombra cantaba con ella, pero ella no la escuchaba, jugaba con su cabello haciendo y deshaciendo trenzas, gritaba hasta la saciedad mientras hablaba a sus fantasías.

Ella en el fondo sabía que no estaba sola, que alguien la guiaba hacia esa carretera, pero que le era imposible mostrar su rostro, pues podía perder la sorpresa del anonimato.

¡Qué calor!, atinaba decir de vez en cuando, mientras prefería no mirar hacia atrás por miedo a quedar petrificada. Estaba agotada, así que detuvo sus pasos y se recostó en un pequeño oasis de césped, mientras intentaba descansar sin dormir. Al parecer la sombra había decidido hacer lo mismo.

Bastó que cerrara sus ojos para quedar dormida. Soñó que atravesaba un lago de sangre y un bosque de espinas que lastimaba sus pies, sintiendo así que realmente ella estaba viva.

Pasaron unas cuantas horas, o minutos, o segundos, recordó que no tenía conciencia del tiempo. Despertó agotada de aquel aletargamiento en el que había tenido que vivir muchas cosas, encontrarse con sus propias pesadillas y enfrentar sus demonios: esos que la acompañaban desde siempre en la casa de su abuelo.

¡Estoy viva!, gritó al despertarse. Se sentía más liviana que cuando salió de su casa. ¡Mi abrigo!, dijo exasperadamente. No supo en

qué momento lo perdió y tampoco entendía por qué no lo había notado. Pero le gustaba la levedad con la que podía moverse. Ya no sabía si aún era miércoles. Estaba extrañamente feliz y los miércoles no solía estarlo. Entonces pensó que podría ser lunes, el día con el que la semana empezaba y en el que siempre reía porque los insomnios no la atrapaban los domingos. Pero prefería no saber qué día era.

Avanzó en su propósito ya con menos cansancio, sintió que su corazón se aceleraba. Por fin había llegado a la carretera. Como una obra de teatro donde el telón se abre, visualizó un paisaje nuevo. A su derecha, jazmines y amapolas de todos los colores brillaban y parecían sonreír a su paso; a su izquierda, riachuelos cristalinos corrían mientras un imponente arcoíris se elevaba en las alturas.

El calor había desaparecido por completo y todo tipo de sensación física era inexistente. De nuevo las lágrimas emergían. No se aterraba de su exagerada sensibilidad ante las maravillas que observaba. ¡Es domingo!, gritó. La noción de tiempo había regresado.

Con certeza supo que la sombra que la había seguido todo el camino, se encontraba con ella. Fue entonces cuando decidió mirar hacia atrás. Un abrazo tenue le devolvió el aliento y frente a ella, el rostro del incognoscible. Un cuchillo de girasoles le atravesó el alma y se fue elevando lentamente, hacia el arcoíris de la mano del amado.

Entonces, solamente entonces, supo que se llamaba Beatriz.

categoria ADMINISTRATIVOS



PRIMER PUESTO

Un cuarto oscuro en el relato de una persona feliz

Lina María Castro Torres
Facultad de Educación Virtual y a Distancia
Diseñadora instruccional
dinstruccional1@uniagustiniana.edu.co

María ha dormido toda la noche junto a su bebé. Cuando se levanta, ve la cara de su pequeñito, tan inocente, la invade una sensación de cierta euforia tranquila. Desde que nació su hijo, cada día para ella ha sido enamorarse de aquella criatura a la que le dio vida y que le ha dado vida a ella. Armando, su esposo, ya se ha ido, aún queda en el aire el aroma de la colonia que usa para ir a trabajar. Ochos años juntos los han hecho una pareja unida, que se apoya en las buenas y malas; eso han recalcado todos los que los conocen. El ambiente de la casa se reviste con una armonía que llena los espacios de una historia familiar con objetivos alcanzados.

Se toma un café y siente que se retuerce su estómago, sabe que es hora de volver a los asuntos sucios. Entonces, va a vigilar a Isabel; se interna, como un millón de veces a la semana, en ese cuarto oscuro de su vida. Encuentra de frente a su prima. Está humillada y recogida en sí misma, pero los golpes de ayer no le han dejado marcas en la cara; está como la primera vez, con miedo y confusión. En ese momento, siente al bebé llorar. Ahora, nada es como cuando no había nacido su hijo, tiene que respirar y subir para atenderlo. Deja a Isabel con su cara desfigurada de miedo y sollozando de arrepentimiento.

¡Qué lindo es su retoñito! Ya tiempo que lo esperaba. Lo intentaron por dos años con su esposo, hasta que por fin llegó la maravillosa noticia. Nunca antes estuvo rodeada de tanto amor, fue un embarazo espectacular. Es lo que siempre imaginó que sería y más. Sin importar los comentarios mal intencionados de Isabel, que mostraban una supuesta preocupación por su crecimiento profesional, y sus ya conocidos problemas de estabilidad emocional.

“Es impresionante que hayas decidido tener un bebé a pesar de tu tendencia a la depresión. Recuerda que las hormonas se vuelven locas con todo el proceso de embarazo y podrías tener una recaída. Solo espero que no abandones tus planes de estudiar. Yo sé que vas

a poder conciliar hijos, carrera, pareja... A propósito, la nueva chica que contrataron para remplazarte durante la licencia es maravillosa, deberías ver cómo trabaja bajo presión, es para quedarse con la boca abierta”. Eso le dijo cuando vino a conocer a su hijo, eso y que veía al niño muy delgado y la casa descuidada. “Pero poco a poco iras aprendiendo”, resaltó con un dejo condescendiente.

Esos actos comunicativos en los que las palabras dicen una cosa, pero el lenguaje corporal transmite tanto veneno como es posible. Al recordar esas palabras, vuelven a su mente las sensaciones de viejos recuerdos de humillación y siente el malestar estomacal que la ataca de repente. Ya ha pasado un tiempo y debe ir a la habitación. Le gustaría poder pasar solo un día sin visitarla, pero siempre hay varios detonantes durante la jornada y debe volver para ver qué pasa.

Ese lugar huele a mierda, tiene las paredes húmedas y el piso sucio. Cada vez que entra allí, sabe que se quiere ir, pero al ver la cara a Isabel comienza el episodio de furia. Le golpea la cabeza y rellena esa boca sucia con bloques pesados de hierro, tan pesados que es una sorpresa que no le rompa la mandíbula. Esta vez es peor, porque Isabel se está riendo, se está riendo de ella, y María no puede parar de maltratarla; hasta que, en algún momento, por fin puede contenerse.

Al final, siempre queda destruida y más agotada por la escena de tortura. Isabel a veces llora, a veces suplica, a veces ni se inmuta; en cambio, María siembre está más cansada. Ella tiene la garganta irritada por los gritos, el corazón acelerado por la rabia y el alma cada vez más desgastada, cada vez más finita, como papel crepé.

Sube entre jadeos a reencontrarse con su hijo. Coloca música infantil para el bebé y baila con él dos canciones. En lo que le enseña los animalitos en el video, se percata de que los otros patitos se burlan del patito feo. Sin más, siente los llamados de Isabel desde

la habitación. ¡Vaya ruido que hace!, es ensordecedor. Mientras, su bebito no para de reír, pero mamá ya está cansada y no puede jugar más.

Con respecto a los vecinos, ellos siempre sospechan algo, pero la gente siempre duda de la otra gente. En especial las viejitas, que andan por ahí cazando dramas. Así que ella los desvía con dulzura y hace parecer como que todo está bien; a cambio, la felicitan por su hijo regordete, y ella sigue su camino.

Dice para sí misma: tengo que salir de aquí. Entre temblores, se alista para ir con su hijo a un café en un centro comercial, o a la calle, o a lo que sea. Una vez cierra la puerta tras de sí, se siente observada por el mundo, que el mundo se ríe de ella; que los transeúntes con los que se cruza, saben que ahí va una niñata que debería ser feliz, pero en realidad es un fracaso. Seguramente es así en su cabeza, un colectivo entero que se mofa de que ella; que María, ella, en específico, es un fracaso para recrear el relato de una madre feliz.

El aire está fresco y equilibrado, paso a paso se va calmando. Ya puede respirar un poco. Arrastra el coche de su hijo. El mundo tiene un orden aceptable otra vez. Se vuelve a enfocar en la cara del bebé. Todo su ser, esparcido en átomos por todo el universo, se recompone y le da forma a su alma nuevamente. Una madre caminando, simplemente. Una mujer anónima, de cara hacia un futuro de nuevo.

Encuentra un localcito en el camino, todo verde y decorado con plantas. Se sienta en un lugarcillo encantador, desea ser encantadora con ella misma y a tomarse un té. Está un rato en el café, en un mundo normal. Su hijo comienza a hacer sus deliciosos balbuceos, lo que le llena la vida de alegría y esperanza. Respira y por sus pulmones, ahora en un ritmo calmado y constante, entra un aire de presente, de estar junto a Armando, de ver crecer a su

hijo, de poder reír y pensar, de tejer una nueva colcha para cubrir su existencia.

Pero, entonces, la brisa cesa. Como un cliché de película, las hojas que caen de los árboles se arremolinan para llevar su mirada en dirección a Isabel. Esta allí, feliz, inmune, impermeable a los malos deseos, vestida de un discursillo de poder, éxito, con su interminable fiesta por la vida y el ascenso social, ante todo, sí, el ascenso social. La mira de lejos, e Isabel parece girar la cabeza para verla. Si es así o no, no lo sabe.

Vuelven como murmullo todos los recuerdos y el malestar digestivo. Es un mal momento, en público, lo que más le incomoda. ¿Cuántas veces va a escuchar las múltiples palabras de consejo que en realidad eran mensajes de rechazo?, ¿cuántas veces más va a sentir los años de humillaciones al lado de su prima?, ¿cuántas veces va a sentir y resentir que Isabel le robó, papel por papel, decisión por decisión, su lugar en la empresa, la familia y en la vida?, ¿cuántas veces más va a masticar la desvalorización? Isabel siempre le dijo que no podía, en la escuela, en los juegos, hasta en las comidas familiares. Por años, con el beneplácito de sus propios padres, ella mantuvo a María al margen

No es para tanto, al final no es para tanto. Como siempre, no es para tanto. Todo le hormiguea mientras la ve desde la distancia, se está ahogando, claro; se está hundiendo; claro, pero esa agonía que se siente eterna dura solo noventa segundos. Comienza a sentirse un poco mejor. Se reconecta con su hijo, con el mundo. Entonces tiene que volver a su casa, tiene que revisar la habitación.

Cuando llega, pone a su hijo dormido en la cuna. Los gritos de la habitación han cesado. Cierra la puerta de una habitación imaginaria sobre la pared en la que cuelga la foto de su grupo de amigas. Retira la imagen en la que se le ven los dientes chuecos de antes y el cabello alborotado. Mira la cara feliz de Isabel por última vez

(en unas cuantas semanas). Acaricia una pared desnuda, en la que sabe hay una entrada a un dolor intenso y que tendrá que visitar de vez en cuando.

Sí la había visto. Isabel vio que María estaba allí, con su famoso mocososo. No dijo nada, ni siquiera le advirtió a su tío que allí estaba su prima. Estaba cansada de escuchar las retahílas interminables sobre la importancia de que tuviera hijos y lo mucho que la maternidad llena la vida de una mujer, que es la única forma de conocer el verdadero amor. Qué vergonzoso era atestiguar cómo la manera de pensar de muchas personas se fundamenta en un paquete de slogans cursis.

Una vez más le sudaron los pies, estaba apretando los dientes y los puños. Justo ese día, cuando tenía problemas para convencer a sus socios, estresante en verdad. Apenas llegó a su casa, después de un baño caliente, jugueteeó con la idea: ¿De quién será el turno ahora?

El ganador fue ese maldito profesor. La insultó en repetidas ocasiones delante de la clase, al punto que llegó a creerle todo lo que decía. Eso instaló en su alma una herida de humillación e injusticia, que se abre y sangra cada vez más; lo peor, lo peor, es el recuerdo de la gente que cree correcto pisotear a sus compañeros para congraciarse con la autoridad. Al tipo este le han tocado siempre unas fuertes patadas en la cabeza.

Isabel no tiene una miserable habitación, no. Ella posee un gran centro de recluidos por rencor, una gran infraestructura de miseria. Ustedes saben a qué me refiero: piso de tierra, paredes deterioradas, sin luz ni ventilación, un panóptico de habitaciones infinitas que se multiplican a conveniencia. No se coloca a los enemigos en una suite presidencial, pero ¿cómo es que han sobrevivido tanto tiempo ahí, uno por uno?

SEGUNDO PUESTO

Temporama

Jeferson Daniel Enciso García
Vicerrectoría Académica
Analista, Centro Agustiniiano de Medios (CAM)
edicion.cam@uniagustiniana.edu.co

Nunca imaginé que estaría tan confundido como lo estoy ahora. Ayer, cuando estaba trabajando, me encerré en el estudio de grabación, las luces estaban muy fuertes y hacía mucho calor; de repente, me quedé mirando fijamente una de las luces que tenía un brillo más intenso de lo usual, acerqué mi mano y la intensidad del calor parecía deshacerla. No podía creerlo, sentía que me desintegraba literalmente; acerqué mi mano una vez más, y vi cómo mis dedos se deformaban uno a uno, como si estuvieran entrando a otra dimensión; por esta razón, decidí aventarme de lleno contra la luz... No recuerdo qué pasó exactamente, pero me encontraba en el mismo estudio, aunque este tenía un aspecto menos colorido y poco sofisticado, las luces eran de la misma marca, pero una versión más antigua. Cuando miré a mi alrededor, me percaté que efectivamente el lugar tenía un aspecto diferente.

Salí del lugar y caminé desorientado; aunque mi mirada iba dirigida al suelo, me procuraba dar pasos largos para llegar a cualquier destino; igual, iba sin rumbo. Aunque por la textura del suelo, sentía que esa calle la había visto antes, de repente me choqué con un árbol, miré al frente y vi mi antigua escuela, me tomó por sorpresa porque el árbol lo habían cortado unos años atrás.

Definitivamente no entendía qué estaba pasando, nada parecía tener sentido, todo a mi alrededor se veía en una versión más antigua a la que recordaba. Miré la escuela, a lo lejos se veía un corredor, en el que me gustaba jugar mucho cuando salía a descanso; allí estaba un niño jugando con unas cajas pequeñas, simulando que eran cámaras, tomaba fotos a todo lo que se movía. Después de ver eso sentí un corrientazo que me paralizó. ¿Será posible?, me pregunté, apenas con la capacidad de abrir la boca. Duré unos minutos quieto, sudando frío y más desconcertado que al principio; entonces fui a la tienda para ver el periódico, y sí, lo que temía, la fecha era de quince años atrás. Caí sobre mis nalgas, con una sonrisa desleída en mis labios y la mirada perdida; lo único que pude

pensar en ese momento, era encontrar a ese niño que era mi “yo” de hacía quince años, enseñarle lo que sabía y darle secretos que le ayudarían a encontrar pronto el éxito.

Sentí que había solucionado mi vida, quien tuvo alguna oportunidad de viajar en el tiempo me entenderá. Debía encontrar a ese niño y evitarle tanto sacrificio, facilitarle las cosas, contarle un poco sobre el futuro, y por qué no, decirle también un par de números ganadores de la lotería. De esta forma, me aseguraría tener un futuro próspero, aprovecharía oportunidades y corregiría errores de mi pasado, también tendría la oportunidad de hablar con mi padre antes de su muerte y disfrutar de su compañía una vez más.

Esperé a que terminaran las clases, de antemano conocía el camino que mi yo del pasado usaría para ir a casa. Sonó el timbre y me paré al lado de la puerta, veía salir a todas las personas y eso me trajo varios recuerdos. Vi a mis amigos, mis profesores y eso me llenó de nostalgia. Intenté esconderme para que no me vieran y no alterar tanto el futuro. A lo lejos, vi que se acercaba mi “yo” del pasado, venía acompañado de Henry, mi mejor amigo de ese tiempo. Se despidieron y cada quién cogió por su lado. Henry caminó dos pasos, dio media vuelta y se despidió dibujando en el aire una cruz, en señal de bendición, sin que mi yo del pasado se percatara. Después retomó su camino, pasó por mi lado y tropezó conmigo, sin mirarme a la cara se limitó a decirme “lo siento”; entonces, yo le respondí con un pulgar arriba, en señal que todo estaba bien.

Empecé a caminar detrás de mi yo del pasado, a una distancia prudente, mientras caminaba, iba pensando en cuál sería la manera más indicada para presentarme, no sabía cómo podría reaccionar, aunque me conocía de toda la vida, en ese momento no tenía claro cuáles eran mis gustos del pasado; entonces llegó a mi mente el recuerdo de la cámara, supe en ese momento que, si hablaba sobre cámaras, lograría llamar su atención. Me acerqué con sigilo para no

asustar, él dobló la esquina, así que intenté acelerar para no perderlo de vista; cuando crucé la esquina, un hombre grande, barbado, de aspecto descuidado, ropa sucia y rota, iba detrás de él; entonces me asusté, pensé que este le haría daño, así que corrí hacia el hombre y me abalancé con toda mi fuerza, este me esquivó como si nada, se echó a reír y me dijo: ¿Qué crees que estás haciendo, animal? Sin poder pararme por el dolor, intenté responderle, pero él puso su pie sobre mi cara y la presionó levemente contra el pavimento. No podía ver su cara, su barba vieja y tupida la tapaba casi por completo. Se acercó y me dijo: “No eres de acá, vi que seguías a ese niño, es mejor que te vayas o estarás en serios problemas”. Era normal que supiera que yo era un intruso, mi ropa, mi peinado y, literalmente, todo en mí, era de quince años en el futuro.

Al no ver otra salida, decidí contarle todo a aquel hombre; por su aspecto pensé que era un loco y que podría creerme, o si no me creía, por lo menos solo me tacharía también de loco. Le conté mi plan, le dije que necesitaba hablar con el niño, me urgía decirle varias cosas y direccionarlo para que su futuro fuera más fácil y no tuviera que hacer tantos sacrificios; le conté que yo venía del futuro y que ese niño era mi yo del pasado, y que lo único que necesitaba, era hablarle. En ese momento recibí una cachetada, acompañada de un “Qué torpe eres”. Empezó a reírse, se levantó y lentamente se quitó la chaqueta apestosa que traía; yo, sobándome el rostro, no sabía cómo reaccionar, buscaba la manera de huir, hasta que escuché su voz decirme lo siguiente: “Si le dices a ese niño lo que le depara el futuro, arruinarás su capacidad de sorprenderse con lo que la vida le ofrece, dejará de creer en el destino, dejará de soñar y se limitará simplemente a cumplir con lo establecido; no tendrá que esforzarse por sus cosas y no las valorará, no tendrá amigos, pues todos a su alrededor solo estarán con él por interés; entrará en depresión, nada lo llenará, se refugiará en un mal camino y terminará muy mal”.

Dejó su chaqueta en el suelo, sacó una fotografía vieja, me la enseñó y vi que en la imagen estaba mi padre dándome un fuerte abrazo. El señor barbado me puso una mano sobre el hombro, me miró a los ojos y me dijo: “Hazlo por él”, señalando la foto. “No permitas que nos convirtamos en esto” dijo, tocándose el pecho. “Sabía que estarías esperando en la puerta del colegio, sabía que seguirías al niño y que te abalanzarías contra mí, también viajé en el tiempo, y lo hice para impedir que hablaras con él”. Entonces sacó una luz de su bolsillo y dijo: “Ama, vive y disfruta lo que hagas, sé feliz y déjate sorprender”, y sonrió. Apuntó la luz contra mi cara y sentí una vez más esa extraña sensación de mi cuerpo desintegrándose. No recuerdo qué pasó con exactitud, pero de nuevo estaba en el estudio.

No entendía nada de lo que estaba sucediendo, pero aprendí un par de cosas. Que es importante aprender del pasado, trabajar por el futuro y depender siempre de lo que hagamos aquí y ahora. Nunca imaginé que estaría confundido como lo estoy ahora.

TERCER PUESTO

Acto sacro

.....

Carlos Eduardo Labrada Vargas
Vicerrectoría Académica
Auxiliar de Biblioteca
auxbiblioteca@uniagustiniana.edu.co

Amanece. El hombre ya estaba despierto, con la primera luz en su ventana decide que es hora de levantarse. Lleva horas pensando. En su calendario hay una fecha remarcada que ha imaginado durante semanas, desde que habló con Quiroga en la clase y este le dijo: “Es lo más alto que le ha sido dado al hombre, lo va a encontrar allá, nadie se lo lleva”. Los días, desde entonces, fueron una secuencia repetida de compromisos y trabajos por los que se arrastraba pesado, lento y con hastío. Solo un día importaba.

Sus lentes están sobre un libro en la mesa de noche. Alarga la mano y los encuentra, se levanta de la cama y se los pone. Ve en el fondo un cuadro torcido y unos zapatos tirados. Hay hojas regadas por todo el suelo. No es momento de ordenarlas, piensa, sintiendo ansiedad. Camina hacia el baño, se echa agua en la cara y deja que se escurra por su pecho. Se hace un charco de agua en el suelo y de pronto siente la cabeza caliente. Recuerda que Quiroga le dio la dirección y unas indicaciones. Ese papel está debajo de un libro en su escritorio; se lo sabe de memoria. Lo ha remirado todas las noches antes de dormirse. Sale del baño y busca una camisa, en el desorden cae al suelo una llave perdida. Hace una semana se quedó por fuera al no encontrarla. Se detiene en el momento, se queda quieto con la camisa en las manos. Se siente raro, quizás algo de asfixia. Se pone la camisa, recoge la llave y cierra la puerta al salir. Baja las escaleras y no oye ruido. Sus vecinos duermen. No tardarán en empezar con la música, piensa, mientras sale a la calle.

Afuera hace frío, los carros apenas circulan y el bullicio de la ciudad va en aumento. Al frente ve la panadería y recuerda que no ha desayunado. Pero no siente hambre, quiere otra cosa. “Usted solo suba al segundo piso y vaya al fondo, allá hay señalización; usted entiende de eso. Está en el rincón, es de color rojo y es grueso, no hay otro igual cerca”. Da pasos rápidos, siente la cara helada y su aliento se ve en el aire. No es muy largo el camino, pero siente la necesidad de llegar pronto. Llevaba noches pensando qué ruta iba

a tomar para llegar, imaginaba que entonces no habría gente en la calle y que llegaría rápido al lugar, ahora se ve caminando y, detrás, el sol le enseña su sombra.

Quiroga abría mucho los ojos cuando le hablaba, sus manos acompañaban las palabras y la voz se le quebraba a veces. Siempre hablaban del mismo tema. A veces trataban de comentar sobre otras cosas, pero al cabo de unos segundos los dos estaban callados y con intención de volver a su asunto del último mes.

El lugar está aún lejos. Escucha sus pisadas sobre el pavimento, camina con las manos en los bolsillos y la mirada al frente. No repara en su alrededor, sus pensamientos van y vuelven sobre lo que va hacer, se reinventan, imaginan distintas situaciones y con sus desenlaces. Si lo hubieran saludado en la calle, él no se hubiera enterado. Quiroga le había dicho que estuviera tranquilo, que no pensara tanto en eso. “Usted solo llegue rápido, la vez que yo fui no alcancé a hacer nada y ya me decían que era hora de salir”.

Sus manos tiemblan dentro de los bolsillos, una aprieta el papel que le dio Quiroga, la otra sube a la frente repetidamente para enjugar el sudor. Él nunca fumó, como su padre o como Quiroga, pero ese día hubiera querido ser fumador. El camino se le hace más largo. Tiene la garganta seca y la gente que sale a las calles empieza a atravesarse en su camino. Al pasar por la salida de un callejón, un perro ladra con vehemencia y se le lanza, él emprende un trote rápido y no repara en el perro ni en su dueño que se excusa.

Cuando está cerca, alcanza a entrever que aún están las puertas cerradas. Se dirige a una tienda cercana y pide la hora. Una señora se la da de mala gana y él sabe que aún faltan quince minutos para la apertura. Espera en la esquina. De nuevo piensa en un cigarrillo. Quiroga le recomendó llegar antes, porque a veces abren más temprano. El sol le da en la cara mientras vigila las puertas. Adentro se ven personas caminar y él se pregunta por qué no abren. Tiene

palpitaciones que aumentan cuando alguien desde adentro empuja las puertas y pone el aviso de abierto.

Entonces él se queda quieto, absorto, anegado en la indecisión. Sabe que al ingresar ya no podrá regresarse; que una vez cruce la puerta, no podrá recoger sus pasos. Entra.

Siente de inmediato el olor de la madera. El recinto tiene columnas gigantes recién estucadas, en cada pared hay cuadros y los muebles de cedro se levantan hasta el techo repletos de libros. Él mira esto y respira rápido. La iluminación es perfecta, el recinto consta de cuatro pisos. Hay muchas escaleras en caracol y otras que van y vienen. No hay público, las personas encargadas lo miran tratando de forzar un saludo. Él no se detiene. Se ha tranquilizado y su mirada ahora es de decisión. Toma la escalera, sube sostenido del manillar. En el segundo piso el aire es quieto, el suelo de madera brilla y la estantería dibuja un laberinto geométrico. Los libros en las paredes casi alcanzan las cornisas antiguas. Al fondo, como le mencionó Quiroga, estaría lo que busca.

Él acelera el paso, decidido, mirando un solo lugar. En algún lado, no entiende dónde, escucha un saludo de buenos días que no responde y olvida pronto. Saca sus manos de los bolsillos, ausculta con la mirada la señalización del espacio y sus ojos se detienen pronto en un punto. Da dos pasos, lo observa mientras se inclina, casi escurriéndose. Alarga las dos manos, no parpadea en ningún momento, contiene el aire en sus pulmones y sus sienas palpitan, como palpitaron las de los grandes hombres en la historia, mientras retira un volumen escrito en 1605 por un hombre manco.

Es de noche, la bibliotecaria mira de nuevo su reloj. La gente ya se ha ido. Al fondo hay un hombre que no ha dejado de consultar un libro rojo.

MENCIÓN DE HONOR

Carito

.....

Lorena Romero Wilches
Rectoría
Asistente
asistenterectoria@uniagustiniana.edu.co

20-marzo-2015 6:00 p.m.

- ¿Te gusta el panorama?
- Sí, siempre quise venir. Todo se ve tan chiquitito desde aquí.
- ¿Crees que aquel vendedor nos reconocería?
- ¿Bromeas? Aquel hombre ve miles de personas diariamente.
- Siempre te amaré, te lo juró.
- ¿Por qué lo dices así? ¿Está todo bien?

Me miraba con ojos desorbitados, presentía que algo no estaba bien, pero yo no tenía intención para darle explicación alguna. Coloqué mi mano en su mejilla mientras le besaba la frente, di media vuelta y solté su mano. Escuché un grito, pero el roce precipitado del viento golpeando mis orejas lo opacó. Mis propios pensamientos me cuestionaron sobre lo poco o muy razonable que fui al llegar a este punto, pero de ninguna forma podía dar marcha atrás, ya todo estaba hecho.

20-03-2015 6:00 a.m.

Desperté famélico y sintiéndome traicionado por mi subconsciente, que cree que tiene el derecho a juzgarme en mis sueños, y mostrarme a mí mismo con los dientes amarillos y una sensación de mal aliento. El descarado juega con mi imagen, con lo único que habla de mí al resto del mundo sin necesidad de que me conozcan y aun así no le prestó atención. Mi cerebro no está dispuesto a admitir el caos, por lo que mi primera intención luego de esa cachetada neuronal, fue extender la mano hacia el suelo y encontrar allí una cajetilla con un cigarrillo que había estado esperando pacientemente por mí toda la noche. Lancé una dona de humo al aire, al tiempo que observaba la luz que pasaba por un pequeño agujero de mi ventana, la primera señal que anunciaba la llegada del gran día.

Mientras me duchaba recordaba cuando conocí a Carito, se veía distraída y sumida en sus pensamientos, pensé bastante y sin llegar más lejos, consideré que debía dar el primer paso, evidentemente ella no lo daría, ya que ni siquiera se había percatado de mi existencia. Torpemente me acerqué llevando una cerveza sin abrir para que no pensara que quería drogarla y hacerle algo malo, no me consideraba muy bueno entablando relaciones interpersonales por lo que no veía exagerado tomar todas las precauciones necesarias para que no sintiera desconfianza de mí. Esa noche Carito habló poco, pero logré que sonriera a mis bobadas.

Carito era encantadora, había estudiado en Francia cinco años y volvió para cuidar de su progenitor. Su madre había fallecido cuando ella estudiaba, pero solo se enteró de su muerte el día de su graduación. Su padre temía por el futuro de su hija, así que prefirió callar, sabía que si le decía antes Carito volvería sin pensarlo dos veces y dejaría todo en Francia. Obviamente ella le reprochó mil veces esa decisión, pero aceptó porque no tenía otra opción. Al final, tal y como su padre lo había predicho, Caro abandonó su trabajo como fotógrafa en Le Parisien, al ser hija única tenía la plena convicción que la estabilidad de su familia era primero, así que desde ese entonces y hasta hoy, 7 años después de la muerte de su madre, había trabajado para tener lo necesario y vivir el día a día, aunque pareciera que eso no la llevará a ninguna parte.

Mi tiempo en la ducha tomó mucho más de lo debido, pero lo que pasaría más tarde ameritaba un excelente aseo personal. Había sentido a Caro un poco distante hace algunas semanas y yo sentía que esa tarde tenía que ratificar mi amor eterno por ella, ella tenía que entender que la amaba con todo mí ser; que gran parte de mis primeras experiencias en lo que al amor se refiere, fueron con ella.

Llegué a su casa y estaba vestida con ropa deportiva, parecía que estaba a punto de salir de viaje, pregunté por su padre y me dijo

que la señora Rosita, su vecina, se lo había llevado al parque para tomar algo de sol. Parecía nerviosa y miraba la hora constantemente, le pregunté si quería ir por él al parque, pero ella negó con la cabeza. Vi un pequeño tarro sobre una mesa que estaba debajo de un espejo, me causo curiosidad, pero no tenía nada escrito allí, así que lo devolví a su lugar. La invité a salir, quería que fuéramos a dar un paseo por la ciudad, ya que era el día internacional de la felicidad y sería bueno pasarlo juntos; ella me miró dudosa, pero después de unos segundos me sonrió, la señal divina que me daba a entender que lo que acababa de decirle parecía una buena idea.

Abracé muy fuerte a mi chica todo el camino, sentí la fragilidad de su cuerpo y el exquisito aroma de su cabello. Con mi mano sobaba su hombro, trataba de ser cuidadoso por un pequeño moretón que tenía allí. Con cada caricia trataba de pedirle disculpas por ser tan torpe e insensible algunas veces. Le conté sobre los problemas de mi trabajo mientras caminábamos a La Gran Torre, un edificio de cincuenta pisos desde donde miraríamos la ciudad completita.

No recuerdo cuántas veces cambiamos de ascensor, pero sí recuerdo que tomó algo más de veinte minutos llegar a la azotea del edificio, una primera oleada de viento golpeó mi cara al llegar, la grandeza de esta ciudad nos dejó sin palabras, las casas se veían diminutas y las personas eran pequeños puntitos. Las nubes se tornaban naranjas, dando paso al atardecer. Allí estábamos, ella y yo, solos. Todo era perfecto para el plan que estaba a punto de ejecutar.

Carito me sacó de mis pensamientos y rompiendo el silencio, me preguntó:

- ¿Te gusta el panorama?

Yo le contesté, mientras miraba cómo un pequeño puntito que, por la velocidad que llevaba, yo creía era una bicicleta:

- Sí, siempre quise venir. Todo se ve tan chiquitito desde aquí.
- ¿Crees que aquel vendedor nos reconocería?
- ¿Bromeas? Aquel hombre ve miles de personas diariamente.
- Siempre te amaré, te lo juró.

Sus palabras sonaron sinceras, pero me sentí desubicado, no presentía nada bueno, necesitaba aclarar el significado de sus palabras:

- ¿Por qué lo dices así? ¿Está todo bien?

Los ojos de Carito se veían desafiantes, esa mirada me provocó ira, sentí sus manos gélidas en mis mejillas mientras besaba mi frente. Dio media vuelta, soltó mi mano quedando frente a la enorme ciudad y, sin poder detenerla, dio un salto al vacío. No podía creer lo que ella acababa de hacer, traté de agarrarla mientras gritaba su nombre, pero no lo logré. Deseé ir tras ella, pero mi cuerpo no respondió, me quedé allí extendiendo mi mano hacia el piso como si la pudiera alcanzar, observando como se hacía pequeña cada vez más. En ese momento, del bolsillo de mi chaqueta, se salió la caja barata de terciopelo rojo que contenía el anillo de compromiso que estuve a punto de entregarle ese día.

Me precipité a la salida desesperado, maldiciendo por el tiempo que tardé en llegar hasta el primer nivel, no quise tomar el último ascensor y en vez de eso corrí por las escaleras de emergencia. Empujé a cuanto cuerpo encontré en el tumulto de gente, hasta llegar a ella, vi su cuerpo en una posición muy inusual para alguien que ha caído desde un quincuagésimo piso, daba la impresión de que Carito había decidido tomar una siesta en la calle. Me acerqué a su cuerpo y besé su boca tan fuerte como pude, la impotencia que sentí la reflejaron mis puños contra el asfalto. Carito se me fue muy rápido y sin saber que era la mujer que quería por el resto de mi vida.

Unas manos con guantes de látex, me apartaron abruptamente de Carito, un policía se me acercó:

- ¿Conoce a la señorita?
- Quería hacerla mi esposa.

El policía me miró con ojos como platos, pero continuó su interrogatorio. Otro hombre, con un tapabocas, llamó al policía y le mostró un papel no más grande que una hoja de cuaderno. El policía me dijo que debía llevarme a la estación para otras preguntas, al tiempo que colocaba unas esposas en mis manos.

Me dejaron en una habitación no muy grande; a mi izquierda, veía un gran espejo de esos que solo se ven en las películas; me parecía muy raro estar allí, pero no tenía otra opción. Una mujer entró en la habitación con algunos documentos en sus manos, entre ellos, a simple vista, logré distinguir el mismo papel que le habían mostrado al policía. Me miró fijamente por unos minutos, colocó el papel boca abajo y dio inicio al interrogatorio:

-La señora Carolina escribió esto para usted antes de suicidarse.

Inmediatamente tomé el papel, cómo era posible que no me dieran esa nota apenas la encontraron, era el último en saber que ella había dejado algo para mí, le di la vuelta al papel y leí:

Andrés, ya no aguanto más, no quiero vivir con miedo el resto de mi vida, prefiero ser libre en un lugar donde sé que no puedes alcanzarme, y si lo haces no me enteraré. Prefiero mil veces esto a estar encadenada a mi verdugo. Por tu culpa me siento el ser más insignificante del mundo, ya no quedará nada de mí que puedas hostigar. Te amé y creo que aún te sigo amando, y de lo que sí estoy segura es que ningún ser humano habría logrado aguantar la mitad sino amara tanto como yo te amé a ti. Dios perdone todo lo aberrante que llegaste a ser y te niegue la oportunidad de repetirlo con alguien más. Seré libre y ni tú ni nadie lo va a evitar.

Las últimas palabras me fueron difíciles de leer debido a las lágrimas contenidas, alcé la mirada y me di cuenta de que aquella mujer seguía ahí, la había olvidado por completo.

-El padre de la difunta fue encontrado muerto, al parecer envenenado, el frasco que contiene ese veneno tiene sus huellas.

Inmediatamente recordé haber tocado ese frasco, aquel maldito frasco que me causó curiosidad.

-La nota de suicidio es evidencia suficiente para acusarlo por homicidio involuntario; por otra parte, sus huellas en el arma homicida del señor Pedro sumarán años de condena.

Estaba siendo condenado por amar con fervor a Carolina, su castigo más cruel fue abandonarme y obligarme a existir en un mundo sin ella. Sus últimas palabras, Te amaré, te lo juro, no eran una declaración eterna de amor, eran palabras que utilizó para salir del paso y sentirse libre de mí, fueron palabras llenas de miedo.

Le pedí perdón a Carolina por cada vez que me enojaba con ella, me llenaba de celos no poder acompañarla todo el tiempo, pero aceptaba una y otra vez que se fuera a cuidar a su padre. La seguía a casa únicamente para corroborar que llegaba bien, la llamaba muy temprano en la mañana para desearle un bonito día, mientras la veía salir apurada a su trabajo; nuevamente al medio día, para preguntarle si ya había almorzado, mientras observaba a lo lejos lo bien que se le daba trabajar; de vez en cuando la sorprendía allí, con otros hombres; y en las noches al preguntarle por ellos, los negaba como si fuera algo malo, apretaba sus hombros hasta lastimarla para que me confesara la verdad, siempre tenía que obligarla a contarme todo su día; me preocupaba que no estuviera bien, me preocupaba que olvidara mi existencia, me preocupaba que se durmiera sin saber cuánto la había extrañado.

Este libro fue editado y publicado por la Editorial Uniagustiniana.
Se utilizó la fuente Rotis Semi Serif de 12 pts.

Se terminó de imprimir y encuadernar en los talleres de
XXXXXXXXXXXXXX, en septiembre de 2019,
con un tiraje de 100 ejemplares.